AQUILEO J. ECHEVERRÍA

CONCHERÍAS

Prólogo de Rubén Darío

Julián Marchena

Julio 1917

BARCELONA
Imprenta Elzeviriana de Borrás y Mestres - R. Cataluña 12
1909

Al ilustre Escritor y Diplomático

D. Manuel M. de Peralta

PRÓLOGO

El Poeta de Costa-Rica

Costa-Rica tiene el espíritu más ordenado y pacífico de todas las cinco repúblicas de la América Central; Costa-Rica tiene sangre gallega; Costa-Rica tiene un notable diplomático en Europa que se llama el Marqués de Peralta; Costa-Rica tiene el mejor teatro de aquellas regiones; Costa-Rica tiene la Corte suprema de Justicia Centro Americana en la ciudad de Cartago, y un edificio que le regala Carnegie; Costa-Rica tiene un tranquilo pueblo de agricultores; — y Costa-Rica tiene un Poeta. Tiene, es verdad, otros poetas, pero *su* poeta, el poeta nacional, el poeta regional, el poeta familial se llama Aquileo J. Echeverría. Este poeta ha sido empleado público, militar, diplomático, periodista. Yo le he conocido hace ya muchos años, cuando era ayudante del presidente Cárdenas, de Nicaragua. En Washington, donde perteneció á la legación de su país, fué íntimo amigo de un distinguido argentino, el señor Atwell. Ha gustado siempre de la vida social y no ha andado muchas veces lejos de la vida del país de Bohemia. Su indestructible pasión fueron las amables musas. Después de errar en varias repúblicas centro-americanas, retornó á su país y sè casó y, como en los cuentos, tuvo

muchos hijos. Su carácter, siempre jovial, siempre alegre, se opuso á los persistentes golpes de la mala suerte. Sus dones intelectuales se fueron aquilatando con los años, pero el hada Carabosse que, como es su costumbre, había aparecido ante su cuna en los instantes en que otras hadas le dotaban con muchas cosas buenas, le hizo el poco grato obsequio de la mala salud. Y he ahí por qué, cuando escribo estas líneas, se encuentra el Poeta de Costa-Rica en un sanatorio de Barcelona. Ha venido á Europa, por una disposición especial del Congreso de su país, en la cual, como sucede siempre en esos casos, se hace saber oficialmente y sin eufemismos, que es poeta y que es pobre. Desde su lecho de enfermo, prepara en la Ciudad Condal una nueva edición de sus versos el sentimental é ingenioso autor de *Concherías*.

***

¿Qué significa la palabra conchería? El distinguido escritor costarriqueño señor Brenes Mesén nos lo explicará. «Aunque la palabra «conchería» es bien inteligible para los nacionales, no estará demás indicar que en Costa-Rica, de unos ocho años para acá, se llama «concho» al campesino, al aldeano. Por lo tanto, una conchería es una acción, ó una expresión propia de un campesino.» Habla el poeta la lengua de los hombres rurales de su país. Una ráfaga del aire que acarició las melenas de Martín Fierro ó de Santos Vega ha pasado por allá. El canto brota del terruño como las flores y los frutos autóctonos. Demás decir que Echeverría no ha tenido nada que ver con princesas propias ó agenas; no ha contribuido á hacer odioso el alejandrino, no ha demostrado jamás ningún rastacuerismo lírico ni se cree un pistonudo genio. Tiene — ah, tener eso todavía, ¡ Dios mío ! — tiene un corazón. Un corazón armonioso, sensible y lleno de alegría y de ternura. Ha sufrido las terrible-

zas de la escasez y está padeciendo las amarguras de la enfermedad y sin embargo no hay en él un solo instante de pesimismo, y como buen pájaro natural dice su decir rítmico celebrando las cosas lindas de la vida y despertando la sonrisa en los labios de los que escuchan su música risueña.

En pocas palabras sintetiza su valer uno de sus amigos, Antonio Zambrana: «No padeciendo ó afectando enfermedades forasteras, no enclenque y canija, no vistiendo trapos de París manchados de vino, sino fresca y coloradota, la musa de Aquileo nació en Cot, ó en Barba; sobre eso puede haber disputa, y es muchacha alegre, honrada, si ligera de lengua, de muchas libras de peso. Aquí tienes, amigo lector, algo no sólo de la raza, sino de la tierra, algo genuino, espontáneo y sin careta; hombre que á otros no les empresta la lira, contentándose á veces, para su música, con una flauta de caña hueca; pero hecha por él del material de nuestros bosques. Imaginación traviesa, pero que sabe ponerse seria si conviene; ingenio peregrino, verba sonora y abundante; hay uvas de lo mejor de Andalucía y naranjas de aquí, con semilla de Valencia, en el plato que te presento; regala tu paladar y sé agradecido». Sí, puro, espontáneo; ciertamente, conténtase á veces para su música con una flauta de caña hueca hecha por él del material de nuestros bosques. Pan hacía lo mismo, dirá él. Su verso es bien modulado, y aunque diga cosas de la patria nativa, demuestra su descendencia clásica, la fuente original de donde ha fluído el admirable y bien sonante romancero castellano.

Echeverría habla bien su lengua patriotica. Para Rafael Obligado sería el numen de Aquileo simpático como su apellido. Y yo aprovecho la ocasión para decir cuanto me encantan los poetas que como el árbol de su floresta dan la flor propia. Mi vida errante explicaría mi cosmopolitismo de antaño; y mi exotismo el ansia de lo deseado.

Otro escritor, compatriota de Echeverría, dice: «Quien conozca nuestro pueblo y su lenguaje expresivo y sencillo; quien haya vivido nuestra vida y fortalecido el cuerpo enfermo con las emanaciones suaves de esta tierra, quien haya puesto su alma en contacto con esta naturaleza soberbiamente prolífica, tranquila y bella, no dejará de leer con amor los versos de este libro, porque de todos ellos se desprende el valor fortificante de nuestro suelo.» Así ha sucedido, pues ningún otro poeta en Costa-Rica tiene como él ni tantos lectores, ni tantos afectos conquistados.

* * *

Yo conozco la tierra de Echeverría. Los campos son fecundos y risueños. Si en las costas quema la furia solar del trópico, en el interior el clima es fresco y la vida apacible. Los campesinos tienen casi todos tipos europeos. En montes y campañas podreis hallar incultas bellezas, de hermosos rostros y voluptuosos cuerpos. Si he visto en San José, la capital, damas incomparables y mozas de la cofradía del diablo que en París hubieran sido unas bellas Oteros, pude admirar en mis excursiones, mujeres é hijas de agricultores y carreteros, el rosado pie descalzo y la cabellera al aire, y para galantear á las cuales habría yo solicitado de mi amigo Aquileo algunas de sus gratas concherías.

Fijaos en la primera parte de su libro.

Desde luego, no estamos aun escuchando la parla de los conchos. Ese romance revela su origen castizo y suena á España. Lo propio que cuando dice sentires de hogar y casa paterna, ó cuando planta un tipo netamente popular costarriqueño al modo con que los maestros españoles nos han dejado la figura de los jaques andaluces ó de los chulos madrileños. Qué deciros si hasta de pronto aparece el recuerdo del

AL QUE LEYERE

No padeciendo ó afectando enfermedades forasteras, no enclenque y canija, no vistiendo trapos de París manchados de vino, sino fresca y coloradota, la musa de Aquileo nació en Cot ó en Barba; sobre eso puede haber disputa, y es muchacha alegre, honrada, si ligera de lengua, de muchas libras de peso.

Aquí tienes, amigo lector, algo no sólo de la raza sino de la tierra, algo genuino, espontáneo y sin careta; hombre que á otros no

les empresta la lira, contentándose á veces, para su música, con una flauta de caña hueca; pero hecha por él del material de nuestros bosques.

Imaginación traviesa, pero que sabe ponerse seria si conviene; ingenio peregrino, verba sonora y abundante; hay uvas de lo mejor de Andalucía y naranjas de aquí, con sèmilla de Valencia, en el plato que te presento; regala tu paladar y sé agradecido.

A. ZAMBRANA

ROMANCES

Mi Musa

Mi musa es joven y ardiente,
morena, de erguido seno,
boca sensual y más roja
que las bayas del cafeto;
blanca y firme dentadura,
que es albo nido de besos;
ojos grandes y expresivos,
dulces, brillantes, serenos.

Una espalda tentadora,
mórbida como su cuello,
unos brazos que, si abrazan,
es difícil salir de ellos.

Corre por su cuerpo criollo
la roja sangre del pueblo,
fresas fingiendo, en su boca,
rosas, en su cutis terso,
y en la gloria de sus ojos
cálido fulgor de incendio.

Canta á mi patria adorada,
canta á mi ubérrimo suelo,
á mis floridos rosales,
á mis frondosos cafetos;
al mozo fuerte y honrado,
alegre, noble, sincero;
á la moza de alma blanda
y de durísimo seno,
á nuestras altas montañas,
á nuestros valles risueños,
á nuestra tierra fecunda,
á nuestro límpido cielo.

Que no brinda en copa de oro
sino en los cálices frescos
que le ofrecen los claveles,
ya de nieve, ya de fuego,
que embalsaman, con su aroma,
mi apacible y caro huerto.

Alma

Yo tengo una capilla
de todos ignorada;
una santa capilla donde guardo
los recuerdos de mi alma.
Allí el frescor alegre
de mi niñez lejana,
las horas de ventura
que fáciles resbalan,
las horas de un minuto,
las horas de esperanza.
Allí el cesto de rosas
que la ilusión forjara,
mis amores difuntos
y mis glorias soñadas.
Cuando una nueva herida
del mundo en la batalla,
debilita mis fuerzas
y mi valor quebranta;
cuando la vida pesa,
cuando es triste y amarga,
cuando nada me dicen

los pájaros que cantan,
ni la estrella que brilla,
ni la nube que pasa,
ni la flor primorosa
que á los ojos regala;
cuando todo es tinieblas,
cuando todo son ansias,
mis pasos encamino
á la capilla santa
y en ella encuentro alivio,
y en ella encuentro calma.
Que es bálsamo que cura mis dolores
el beso de mi madre idolatrada.

En Febrero

Recostada en el pretil
que coronan frescas guarias,
bajo un coposo naranjo
que abrumado se desmaya
al peso del cundeamor
que con mil brazos le abraza,
está Lina, la doncella
más guapa de la *Pitaya*.
Lleva una flor en el seno,
fragante rosa escarlata,
no tan roja cual sus labios
ni tan linda cual su cara;
igual solo en el aroma
que despide la muchacha,
toda salud, toda vida,
toda vigor, toda savia.
En espera de su primo
se ha vestido de gran gala,
camisa con lentejuelas
crespa, vistosa, escotada;
llena de encajes y cintas

como antaño se estilaban.
A la cintura un rebozo
de seda tornasolada
en que entran tonos diversos
que forman brillante gama.
Roba discreto pañuelo
parte del seno y la espalda,
pero es inútil su empeño,
que la golosa mirada
en lo que ve se deleita
y adivina lo que falta.
El delantal es muy corto,
algo menos que la falda,
y el fustán de fino lienzo,
que con sus manos aplancha,
cuando ella mueve su cuerpo
parece que se quejara.

. . . . . .

Tiene quince años la niña;
mas ya las mieles amargas,
esas que nos dan la vida
y que siendo vida matan,
han herido el albo seno
con la ponzoñosa daga,
y la joven sueña mucho,
aunque despierta se pasa.
El cieguecillo travieso
habló quedo á la zagala:
quién sabe qué la diría
que al recordar sus palabras
ó suspira ó se sonroja,

ó se enciende en dulces ansias.

. . . . . .

En un potro, cabos negros,
luenga crin, robustas ancas,
casco firme, frente erguida,
largo cuello, piernas largas,
breve oreja, cola enhiesta,
crespa, brillante, esponjada,
viene Luis el joaquineño,
el hijo de «tía Pascuala»,
caracoleando el caballo
al que espacio propio falta
para lucir su donaire,
para dar viso á sus gracias.
Usa sombrero de pita,
legítimo jipijapa;
viste chaqueta de paño,
el pantalón es de pana
y le envuelve la cintura
una caprichosa faja
de seda roja con flecos
que hasta la rodilla bajan.
Al pico de la montura,
que artista criollo adornara,
va la terrible realera,
una realera probada
en más de un lomo robusto,
en más de una recia espalda:
una realera que tiene
un poco más de la vara,
filosa cual la calumnia

y cual la inocencia blanca.
Detiene el joven su potro
frente al pretil de la dama,
le saca unas cuantas plumas
y luego lo sienta en raya.
Ata las riendas al pico,
deja la bestia enfrenada
y casi oculta en el vaho
que el sudoso cuerpo exhala:
y después de un *buenas tardes*
da la mano á su adorada.
De los labios de los mozos
no se escuchan más palabras.
Ambos se ven y se admiran,
ambos suspiran y callan.
El está como la cera;
ella está como la grana.
Los viejos que los atisban
del corredor de la casa,
maliciosos y risueños
así dicen en voz baja:
— ¿Te acordás de aquella tarde?
— ¡No había de acordame, vaya!
— Vos fuiste la que empesaste!
— El que empesó fué tu tata ...
— ¡Si no me hubiera empujao....
— Petra, unque no te empujara....
y ambos se miran y ríen
con sus bocas desdentadas
y se quedan silenciosos
pensando en glorias lejanas.

Mientras tanto desde el cielo
el sol sus rayos derrama
y, á lo lejos, un jilguero,
ejecuta una romanza,
y en el seno de la tarde
sus frescas notas desgrana.

Remembranza

Fué en una tarde de julio,
hace de ello muchos años,
á la orilla de un arroyo,
bajo la sombra de un mango.
Sobre el césped policromo
nuestros cuerpos descansamos,
margaritas y violetas
nos ofrecieron regazo.
Gloria de los ojos, era
regalía del olfato,
aquella alfombra de Persia,
aquel tapiz de Damasco,
donde las flores sencillas,
que engalanan nuestros prados
lucen el traje modesto,
brindan el aroma grato
Yo te amaba, como sólo
se ama en los primeros años,
con un amor infinito,
profundo, intenso, sagrado.
Blancos eran mis anhelos
y tus pensamientos blancos.

Nuestro cariño tenía
alas tendidas á lo alto.
Mas, yo no sé si la brisa
ó aquel cantar regalado
de las aves que volaban
del un árbol al otro árbol;
ó las aguas del arroyo
que pasaban murmurando
entre guijas de matices
tan vistosos cual variados;
ó el aroma de las flores,
ó sus bellezas y encantos,
nuestras almas encendieron,
nuestros sentidos turbaron.
Sólo recuerdo, mi amada,
que sin querer nos besamos;
que las violetas silvestres
heridas en su recato,
bajo el toldo verde oscuro
de sus hojas se ocultaron;
y que las aves canoras,
con sus trinos acordados,
regocijaban los vientos
desde las frondas del mango,
con las notas cristalinas
de un alegre epitalamio.
Ya murieron esas flores,
ya esos pájaros volaron;
mas, de su dulce recuerdo
mi memoria es relicario,
y cuando en las noches tristes

el tiempo alegre repaso,
y las sombras de hoy extinguen
claridades del pasado,
reviven mis ilusiones,
y vuelvo á sentir el grato
frescor de tu boca virgen,
donde fresas y duraznos
y rosas en maridaje
espléndidos se juntaron,
para dar vida á la gloria
deliciosa de tus labios.
¡Pobrecitas de las flores!
há tiempo se han marchitado,
otras aves hacen nido
en las ramas de aquel árbol.
Sólo el recuerdo perdura...
Para mi bien ha quedado!
Fué en una tarde de julio,
hace de ello muchos años.

De veraneo

A D. Luis Torres Acevedo
Cónsul General de España en Costa-Rica

Allá va la parvada brillante
buscando otros nidos,
y la sombra apacible del monte,
y las aguas frescas y puras del río.
Van sedientas del aire que cura,
á tenderse en el césped florido,
donde tienen su corte modesta
margaritas, violetas, tomillos.
Van en busca del grato sosiego,
del bosque tranquilo,
á escuchar los cantos
de los pajarillos,
ó el zumbar de la abeja golosa
que mieles y aromas recoge en los lirios.
Quieren ver las zagalas apuestas,
contemplar los zagales garridos,
asistir á las danzas campestres
donde las guitarras
tienen predominio,
y á su alegre rasguear bullanguero
responde la risa de los guitarrillos.
¡Oh! bien haya la España, la madre,

la que envió de Europa con sus bravos hijos,
el tesoro de su habla sonora,
su valor indomable y su Cristo.
¡Oh! bien haya quien trajo á la tierra
de los altos montes
y los grandes ríos,
la guitarra que canta y solloza,
y el alegre y gentil guitarrillo.
Allá va la parvada brillante;
ha volado el enjambre cautivo:
mariposas parecen las cintas
que besan flameando
sus cuerpos divinos.
Ya no hay sombras debajo los ojos;
ya revive el color extinguido
que, á mejillas y bocas, regalan
claveles y rosas
sus tonos carmíneos.

***

Bajo un árbol de espeso follaje
las señoras contemplan los niños
que en el césped retozan alegres
en grupos garridos,
y cada una publica las gracias
de sus tiernos hijos,
y recuerdan el tiempo pasado;
y desandan el viejo camino;
y á su risa apagada hace coro
la aguda y sonora de los parvulitos.

Allá lejos quedaron las torres;
allá lejos el maestro, los libros,
la ciudad con sus calles estrechas,
el agua lodosa y el aire podrido.
Aquí el sol que los campos alegra!
aquí el suelo sedoso magnífico,
y el arroyo que pasa cantando
sus cantos sonoros
sus cantos sencillos.

***

Ese sol que fecunda la tierra,
embriaga las almas
como al cuerpo el vino.
Renovemos la sangre viciada,
busquemos el árbol, amemos el río,
apuremos el aire que cura,
gocemos del canto de los pajaritos;
nuestra madre la tierra nos brinda
regazo mullido.
Bajo un sauce colguemos la hamaca;
ya vendrán las auras
á empujar sus hilos,
á mecernos, cual mecen las ramas,
á besarnos, cual besan los lirios.
La flor en la tierra nos brinda su aroma,
y el sol en el cielo su espléndido brillo.

El primer beso

El primer beso que dí
me lo dió una cocinera.
Se llamaba Casimira,
y era casi, casi ciega
casi sorda, casi muda,
casi vizca, casi lela,
casi, casi, casi, casi,
casi, casi, casi fea.
Yo tenía de siete á nueve
tú coleabas los sesenta.
Era en Mayo: el sol besaba
montes, valles y praderas.
Cuánta rosa en los jardines!
cuánto nido en la arboleda!
cuánta música en las almas!
en el cielo cuánta estrella!....
Cuánta arruga, cuánto grano,
cuanta mugre, cuánta peca!
Aun percibo los olores
que emanaba tu belleza.

Oh! que aroma de cominos
y de clavos y pimienta,
de cebolla, de culantro,
y de orégano y de etcétera.
Fué de tarde en pleno Mayo
mes de rosas y de fresas,
en mi casa, en la cocina
á las cinco ó cinco y media.
Había un loro en una estaca,
en un rincón una perra,
junto á la perra un canasto,
junto al canasto la leña,
sobre la hornilla un canal
y una panzuda cazuela,
un caldero que cantaba,
unas ollas lejareñas,
y pendiente de un ganchito
una ahumada candileja.
Estoy viendo el molendero
y la banca patituerta
por su culpa, por tu culpa,
por mi culpa, por la nuestra
te arrojaron de mi casa,
y me dieron una felpa!....
que Dios te haya perdonado
si perdona desvergüenzas.

El cisne de Lesbos.

Al río van las mozas,
van á solazarse
en la fresca linfa
de la poza grande.
Saben que el Virilla
es un rey galante,
un rey sibarita
que adora la carne
de la virgen núbil
de músculos ágiles,
de labios carnosos,
de senos temblantes.
Al río van las mozas,
debajo de un sauce
las túnicas dejan
de finos encajes,
las blancas sandalias,
las cintas flotantes;
y bellas, desnudas,-

en grupo admirable,
cantando y riendo
las ondas invaden.

***

¡Oh diosa afrodita!
Jamás tus altares
ofrenda tuvieron
de precio tan grande.
Mirad esa espalda
de curvas suaves
que el agua salpica
con claros diamantes.
Mirad esa Diana
de regio talante.
Erguida en la orilla
parece enfadarse
al ver que las ninfas
su bosque profanen
y enturbien sus aguas
y el ciervo le espanten.
¿No es Cloris aquella
de porte arrogante?
¡Mirad qué cabellos!
Su esposo al besarles
cual áurea bandera
los tiende á los aires.
¡Es Cloris la excelsa!
¡Es Cloris la madre
de todas las flores

que alegran los valles!
¡Es Cloris, la esposa
del Céfiro amante!

***

De la húmeda gruta
que cierra el boscaje
se escapan de pronto
acordes vibrantes.
¿Qué música es esa?
Suspensas las aves
escuchan atentas
el cántico suave,
la tierna cadencia,
ya austera, ya grácil,
que en rítmicas ondas
los aires invade.
Es Safo que canta,
es Safo que sabe
que al son de su lira
las ninfas amantes
irán á la gruta,
irán á buscarle,
sedientas del beso
que á néctar les sabe,
del beso sin alas,
del beso culpable!

Sobre gustos

Yo no sé porqué será:
tal vez por mero capricho
usa Concha trajes raros
que la ponen en ridículo.
La vi ayer en el mercado
disfrazada de lorito,
con la falda verde claro
y rojo vivo el corpiño,
las zapatillas champan,
las medias azul marino,
la enagua lila rabioso
y el sombrero, gris subido,
con dos plumas colosales
más negras que mi destino.
Al verla pasar me dije:
pero, hombre, pobre marido,
debe costarle un bigote
el dichoso vestidito.
Y todo para que rían
á su costa los chiquillos

y le lancen cuchufletas
y la embromen de lo lindo.
—Te vendo una lora Chepe.
—No estás viendo que es lorito?
—Ni uno ni otro: es un rualdo,
Fíjate en la cresta, chico.
—Hubiera una jaula grande.
—Muchas hay en el Asilo.....
—Hombre, ¿si será muñeca?
—No sé, tócale el ombligo.
Si dice: papá, mamá...
—Aunque no diga es lo mismo.
Y todos sueltan la risa
en aquel corro de pillos,
en tanto que la Conchita
sigue luciendo el palmito
sin entender una jota
de lo que dicen los chicos.
Cada uno es libre, está claro,
para escoger su vestido,
pero se debe buscar
el no ponerse en ridículo.
Sobre gustos no hay disculpas,
yo sostengo el aforismo,
pero hay gustos, que no palos,
merecen, sinó hasta tiros.

A Estila Rosabal

En el día de su boda

Ya que en tu día de ventura
no pude por mi hondo duelo
ofrendarte el homenaje
cariñoso de mi afecto,
una corona de rosas
he llevado al cementerio,
para engalanar la tumba
donde duerme blando sueño,
Isabel.. aquella santa
que te ampara desde el cielo
Y no sé, quizá la brisa,
puede, tal vez, que los céfiros;
pero algo dentro de mi alma,
así habló con dulce acento:
«Yo velé por su pureza,
yo por su ventura velo.»
Y se escuchó dulce nota
como de lejano beso,
y en los cipreses cantaron
las aves del cementerio.

Á mis buenos amigos

Los notables escritores Segarra y Juliá

Con motivo de su libro Costa - Rica

Ocho horas, que ya es bastante
para hombre tan ocupado
como el poeta que estas líneas
os dirige por mandato
de una gratitud sincera,
ni pábilo, pues, no gasto
ni una ni otro desde el día
en que principió el reinado
del muy ilustre señor
prototipo de archicalvos,
á causa de unos permisos
que sin el mío me otorgaron
el doce del mes que viene
hará por Judas un año;
ocho horas, digo, tardé
en saborear ese plato
de manjares exquisitos
con que me habéis regalado.
Vuestro libro es primoroso,

os lo agradezco y alabo,
y pido al Ser que las cosas
gobierna del cielo abajo,
que lo libre de polillas
de Valbuenas y de ratos
para que puedan mis nietos,
cuando el libro hayan gustado,
decir: «Cuánta diferencia
en nuestra patria encontramos
entre lo que pasa agora
y lo que ellos nos pintaron.
Pobres Segarra y Juliá!
Dios los haya perdonado!...»
Sólo una cosa en el libro
no me gusta, soy muy franco:
las alabanzas que entonan
en pro de este empecatado
verdugo de la retórica
y archiasesino ortográfico;
y no me gustan porque
no me hayan á mí alhagado,
sinó porque me han olido
— y yo blasono de olfato —
á que vuecedes pretenden
dividirme de un sablazo;
y en eso sufren error:
Soy el jefe de mi patio
y hasta el gallito de Pedro
con ser de San Pedro y gallo,
se traga el quiquiriquí
cuando yo mi sable blando.

Luz y sombra

Campanita alegre
que antes repicabas
convidando á misa
la niña de mi alma,
por Dios, campanita,
tus dejos apaga,
porque me entristecen,
porque me maltratan.

¿Te acuerdas de aquella
graciosa *mengala*
que el día de la Virgen
vestida de gasas
al frente del templo
risueña bailaba?
¡Ay! ¿quién la dijera
mirándola sana,
tan fresca, tan viva,
tan joven, tan guapa,

que aquel trajecito
de cándidas gasas,
sutil, vaporoso,
sería su mortaja!

La he visto dormida,
dormida y más blanca
que los castos lirios
con que la adornaran;
cerrados los ojos,
las manos cruzadas.
En la boca fresca
que la muerte helara,
quedó su sonrisa
como aprisionada.

La he visto dormida;
la he visto en la caja;
sobre su albo seno
corrieron mis lágrimas.
Yo besé su frente,
sus manos cruzadas
y la medallita
que al cuello llevaba.

Debajo de un sauce
la niña descansa,
y los pajaritos
que habitan las ramas
arrullan su sueño
con sus tiernas cántigas;

de noche la velan,
de día la acompañan.

Campanita alegre
que antes repicabas,
llamando á la misa
la niña adorada,
no turbes su sueño,
no avives mis ánsias,
¡déjame tranquilo,
piedad para mi alma!

¡Cómo fué!

¿Te acuerdas, Irene?...
Ha ya muchos años
una hermosa tarde
del florido mayo
en busca de nidos
salimos al prado;
tú estabas muy joven,
muy jóvenes ambos:
de nuestra inocencia
reían los pájaros.
Entre alegres juegos
y charlas y cantos,
al borde del bosque
corriendo llegamos.
Su sombra halagüeña
brindónos un árbol
cubierto de flores,
de nidos poblado;
y en verdes almohadas
que el césped lozano
tendiera á tus plantas
los dos nos sentamos.

Allá en la ribera
el mar fatigado
desdobla sus olas
con lento desmayo;
el cielo semeja
un campo segado;
no hay nubes arriba,
no hay sombras abajo.
Natura reposa,
dormitan los pájaros
soñando con frutas
de climas extraños.
De gala vestidos
estaban los campos,
hermosa la tarde,
¡y el césped tan blando....!
Me hablaste de amores,
de amores hablamos:
contaste una historia
que nunca he olvidado.
¡Estabas tan linda
con tu traje blanco,
con tu boca roja,
con tus ojos garzos!
La brisa pasaba
las flores besando;
mecíanse las rosas
cual los incensarios;
aroma embriagante
llenaba los prados;
tú eras una niña,

yo tenía quince años:
los dos nos dormimos
qué cosas soñamos!

* * *

Recuerdo tan sólo
que allá al despertarnos,
el mar, antes quieto
rugía alborotado;
que el cielo risueño
mostrábase huraño;
que sombras extrañas
cruzaban el campo.
Llegamos corriendo,
volvimos despacio;
las que fueron risas,
tornáronse llantos;
porque la conciencia,
para atormentarnos
repetía muy triste:
«¡Al pie de aquel árbol
dos ángeles bellos
se quedan llorando!»
La miel de los besos
borró nuestro llanto....
¡Oh dulce amargura
del primer pecado!

Acuarela

Con la tinaja al cuadril
alegre va la trigueña
por el trillo que conduce
al arroyo de la selva.
Los pájaros la saludan,
las mariposas la besan;
arcos triunfales le brindan
higuerones y altas ceibas,
y alfombras multicoloras
margaritas y verbenas.
No empaña una nube el cielo
ni su semblante una pena;
al balcón de sus ojazos
se le asoma el alma entera,
canta como el pajarito
que nadie á cantar enseña,
canta cosas delicadas
que *saca de su cabeza:*
«Qué alegre que está la tarde,
qué bonita, qué serena.
¿Qué buscan las tortolitas
que corren entre las yerbas?
Muy buenas tardes jilguero,
¿cómo está tu compañera?

Estrellitas de los cielos,
¡quién os mirara de cerca!
Adios, colibrí orgulloso,
ya sé lo de la azucena!
Mariposas de oro y grana,
volad, que la noche llega.»
Al arroyo va la niña;
en la clara linfa llena
la vasija y ve su imagen
en las aguas prisionera.
Las piedrecillas menudas
que brillan sobre la arena
son de variados colores
y son de formas diversas.
Flores mil de mil linajes
engalanan las riberas
y mecidas por el aire
la cándida espuma besan.
Lejos un viejo cenzontle
en un cedro se recrea,
ensayando una balada
que compuso á las estrellas;
y es de oír las otras aves
que en el canto se embelesan,
imitando los arpegios
de su inimitable lengua.
Con claveles olorosos,
cuyo rojo vivo alegra,
se engalana la muchacha
las rollizas, largas trenzas;
y tendida sobre el césped

que le brinda almohada fresca,
bajo el palio de esmeralda
de las gráciles palmeras,
da á los vientos, juguetones,
sus sencillas pastorelas,
ya pintando sus amores,
ya sus dichas, ya sus penas.
¡Qué admirable su apostura!
y sus formas ¡qué perfectas!
Duro el seno de amplias combas,
recios muslos y caderas;
pies menudos, lindos brazos,
ojos vivos, boca fresca.
Por el toldo de las ramas
filtra el sol sus ígneas flechas,
que al besar su carne firme
como en mármol reverberan.
Flor del campo, margarita,
quien te vió de esa manera,
decir puede que vió ninfas
en un bosque de esta tierra
una tarde azul de mayo,
una tarde placentera
en que al aire regalaban
los cenzontles sus endechas,
sus aromas los rosales
y la brisa sus cadencias;
una tarde en que la niña
fué al arroyo de la selva,
una tardecita hermosa,
una tardecita fresca.

Luna llena

Tradición de la antigua Guatemala

Era doña Irene Luna
dama de mucha trastienda,
de trato amable y gracioso,
de famosas ocurrencias;
pero tan pobre, tan pobre,
que rara vez en la mesa
el almuerzo era completo,
ó la comida, ó la cena;
así, que sin ser devota,
ayunaba la cuaresma,
y después que ésta pasaba
y tres meses antes de ella.
Hubo, no recuerdo cuando,
olvidóseme la fecha,
unas fiestas muy sonadas,
por no sé que bagatela:
el cumpleaños del monarca,
ó la muerte de su suegra.
Ello es que hubo mascaradas
y regocijos de iglesia,
y toros y cabalgatas
y exhibición pirotécnica.
Pagaban á todo aquel

que disfrazarse quisiera,
— costeándose su vestido —
doce pesos por cabeza.
Pidió nuestra doña Irene
que al punto se la incluyera
en la lista, pero que antes
mitad del precio la dieran.
Consiguió lo que pedía;
mas, pensando en su miseria,
con los seis duros completos,
proveyó bien su despensa.
Esto pasaba la víspera
de dar principio la fiesta,
y la pobre viejecilla
se dió un hartazgo de cuenta.
Allí del pastel relleno,
de la empanada estupenda,
del rico pernil dorado,
del ave de carnes tiernas.
Al pasar la mascarada
por la casa de la vieja,
entró bailando en las filas
doña Irene, tal como ella
andaba todos los días,
sin disfraz y sin careta.
El jefe de la parranda
miróla, y con extrañeza:
— ¿De qué está usted disfrazada? —
La dama haciendo una mueca,
contestó con voz fingida:
— ¿No lo ves? ¡De luna llena!...

Al Pirro

Ya no por entre flores
y juncales y helechos
y flexibles bejucos
y árboles corpulentos
corres, como corriste
en los pasados tiempos
bajo palio de rosas
sobre arenoso lecho.
Allá cuando las Cabas
y Rodrigos apuestos,
nobles cubujuqueñas,
bravos cubujuqueños,
en tus márgenes bellas
en tus remansos frescos
pruebas de su ternura
candorosa se dieron,
ya la brisa no esparce
el eco de sus besos
por las selvas pobladas
de palmares y cedros.

¿En dónde están las notas
de tus pájaros tiernos;
del cenzontle, la monja,
el yigüirro, el gilguero?
¿Dónde las fuentes limpias
que tu caudal crecieron?
¿Dónde los pececillos
de colores diversos
y vistosos que hallaron
en tus hondas sustento?
¿En dónde aquéllas garzas,
las de plumaje terso,
las de zancas gentiles,
las de enarcados cuellos?
Hoy mísero discurres,
de tí mismo sediento
por entre peñas calvas
y tísicos potreros,
ya no claro como antes
ni como enantes fresco,
sonoro, arrebatado,
alegre, bullanguero;
sinó, cual corresponde
al triste ministerio
que agora desempeñas,
cuando achacoso, viejo,
la ingratitud humana
te torna en basurero
pagando tus mercedes
con tan ingrato premio.
Mas ¡ay! de los verdugos

te vengas en silencio
incubador magnífico
de todos los insectos:
las moscas y el mosquito,
el mosco y el tremendo
zancudo, el tenorino
que alhaga nuestro sueño
con los dulces acordes
de su violín tremendo,
brotan de las espumas
morenas de tu seno.
Yo te saludo, ¡oh Pirro!,
yo te saludo, ¡excelso!
ya que de tu efluvios,
y al calor de tus besos,
abre el tifus sus rosas
entre los epirenos
y siembra de difuntos
el amplio cementerio....
yo te saludo, ¡oh Pirro!
cual mi bolsillo seco.
De cuántos acreedores
nos libras, ¡Benemérito!

La Cartaguita

La conocí una mañana,
una clara mañanita
en que el sol había deshecho
en lágrimas la neblina.

El aire en sus alas frescas,
vida y salud esparcía,
é iba alegre repartiendo
á las lindas cartaguitas
claveles para las bocas,
rosas para las mejillas.

Allá lejos el volcán
como un gigante se erguía,
orgulloso de mirar
la ciudad casi dormida
recostada en su regazo,
como perezosa niña.

La ciudad de los arroyos,
la ciudad de las neblinas,

de los membrillos sabrosos,
de las rosas de Castilla,
relicario del pasado,
orgullo de Costa Rica.

***

Eran sus trenzas muy negras,
onduladas y rollizas.
Al tenderse por la espalda,
gracioso contraste hacían
con la nieve de su cutis,
donde el durazno de China
dejó su huella aromosa,
su color y su película.
Los ojos grandes, serenos,
de una dulzura infinita:
si los cerraba, la noche:
la tarde si los abría.
Cáliz de rosa su boca,
estuche de perlas finas,
breve copa donde escancian
sus aromas las orquídeas,
las guarias blancas del norte,
las rojas del mediodía.
Su andar ligero y airoso
como el de las tortolitas;
música amable su voz,
sonoro arpegio su risa.

***

Tan sólo una vez la ví,
y tiene la casta niña
en el santuario de mi alma
incienso, altar y capilla;
y cuando al tierno reclamo
su fresca imagen se anima
y vuelvo á mirar sus ojos
y vuelvo á escuchar sus risas,
mis tristezas se evaporan
con el beso de la brisa
de aquella clara mañana
en que vi la cartaguita;
y á sentir vuelvo el aroma
de las rosas de Castilla,
del membrillo, los duraznos
y las dulces manzanillas
que engalanan y perfuman
la ciudad de las neblinas,
relicario del pasado,
orgullo de Costa Rica.

In Memoriam

Al Doctor don Rafael Machado Jáuregui

Era su alma sencilla,
su corazón excelso,
pasó por la existencia
como los arroyuelos
pasan entre las flores
que á su influjo nacieron,
hijas de la frescura
fecunda de sus besos.
La envidia halló sellada
el arca de su pecho;
halláronla asimismo
venganzas y recelos;
que en ese su santuario
sólo alentó lo bueno,
aroma de las rosas
perfume del incienso.
Cumplido su destino
hoy duerme blando sueño
la tierra que lo guarda
arrodillado beso,
mientras mis ojos vierten
el fecundante riego
que hará vivir lozanas
las flores del afecto.

Anacreóntica

Estamos en los meses
de las caricias locas,
del hervir de la sangre,
del amor, de las rosas;
las almas se comprenden
y se buscan las bocas:
llegó la primavera,
es ella la señora.
El invierno no exhibe
sus encajes de sombra,
ya no se escucha el trueno
ni el silbar de los bóreas,
ya no hay nubes plomizas,
ya nó hay tardes brumosas.
Naturaleza canta
y palpita y se esponja.
Del ubérrimo seno
la vida emerge y brota,
el árbol reverdece,
renacen ya las hojas.

La hierba sobre el prado
tiende la verde alfombra,
abandona el capullo
la gentil mariposa,
y las auras amantes
sobre las yemas soplan,
que al beso cariñoso
entreábrense gozosas.
Filomena en el bosque
su cantinela entona;
todo es luz, poesía
y todo es fiesta y gloria;
el cielo está de gala,
el nido está de moda.
¡Oh, jóvenes, alcemos
alegres nuestras copas!
¡Hosanna á los que rien!
¡Hosanna á los que gozan!

***

¡A tí va nuestro brindis,
la Venus tentadora;
á tí que das las mieles
á las fragantes pomas,
y cuajas los racimos
en las parras hojosas;
prestas alas al céfiro
que columpia las rosas,
y proteges sus besos
y presides sus bodas;
y en la garganta pones

de las aves canoras,
las notas delicadas
de flautas misteriosas!
¡Á tí va nuestro brindis,
oh Venus voluptuosa,
que alegras los festines,
los amantes acoplas
y las danzas incitas
de las bacantes locas!
¡Á tí, madre del gozo,
fuente de donde brota
el deleite embriagante,
la caricia ahogadora;
á tí, la de albo seno,
gallarda y primorosa
que entreabres las cortinas
de las blancas alcobas,
aleteando en el lecho
do tranquilas reposan
las púdicas doncellas
de cabelleras blondas,
y finges en su mente
quimeras soñadoras!
¡Tú lo embelleces todo,
lo alegras y transformas,
y son tus huellas leves
estelas luminosas!
¡Primavera es tu trono,
sus flores tú corona;
tus esclavos las almas,
oh, reina de las diosas!

¡Bebamos, compañeros,
la juventud es corta!
Mientras la savia ardiente
por nuestras venas corra,
postrados en sus aras,
sea ella nuestra diosa.
Pase la vida alegre
entre damas y rosas,
de vinos generosos
henchidas nuestras copas!
los ojos encendidos
y la sangre ardorosa,
la dicha en nuestras almas,
el beso en nuestras bocas.
¡Hosanna á los que ríen!
¡Hosanna á los que gozan!

Telma

Recitación infantil

Tengo una gatita
que se llama Telma;
es de las angoras
la gata más bella.
Los ojos azules,
breves las orejas,
la boquita roja
como una cereza.
La cola esponjada,
muy larga, muy crespa;
de marfil las uñas
y la piel de seda.
Su traje es de armiño
sus polainas negras,
y un lucero oscuro
en la frente ostenta.
Cuando enarca el lomo
ó hacia atrás se sienta,

y atusa el mostacho
parece una reina.
No hay gata más linda
que mi gata Telma.
Los gatos del barrio
se mueren por ella.
No pasa una noche
sin que haya pendencias;
y mil serenatas
y trovas y endechas;
pero mi gatita
no se cuida de ellas,
y apenas principia
la gárrula orquesta,
debajo mi cama
se acurruca y reza
ó medio ovillada
duerme ó ronronea:
en tanto que arriba
los tenores bregan
asustando ratas
y quebrando tejas
¡Bien haces mi gata!
¡Bien haces mi Telma!
si todas las niñas
tu ejemplo siguieran,
¡guay! de los tenorios
que en las noches velan
deshojando azahares
y sembrando penas.

Un rebocito nuevo

La tez de caliente armiño,
de nieve el redondo seno,
flor de granado la boca
y hebras de oro los cabellos;
los ojos como dos chispas,
digo mal, cual dos luceros
de esos que en noches obscuras
cruzan veloces el cielo;
la cintura de serpiente
por el ágil culebreo,
y los pies como de broma.
piesécillos de muñeco.
Cuando sale por la calle
con su rebocito nuevo,
con su camisa de encajes,
y sus enaguas de vuelos,
de tentaciones la niña
va sembrando un semillero,
y llevándose los ojos
de todos con su gracejo.
Quien le dice: «Palomita,
por tus ojos hechiceros
estoy muriendo de amores,

de angustias estoy muriendo. »
Otro: « Bendita la madre
que te ha llevado en su seno,
y Dios que te hizo esa cara
y ese cuerpo sandunguero. »
Así regado de flores
dejan todos el sendero
por donde pasa la hermosa,
la del rebocito nuevo,
la de la boca de grana,
la de los ojos de fuego.
Ella á ninguno responde:
pero se vuelve sonriendo
y da gracias con los ojos,
que es cual darlas con el cielo:
y después sigue la marcha
cimbreando el gracioso cuerpo,
con un aire de princesa
que infunde á todos respeto.
Los sastres dejan la aguja,
sus hormas los zapateros,
los dependientes de tiendas
ponen á un lado los géneros;
el médico sus recetas,
sus navajas los barberos,
los periodistas las plumas
con que escriben sus enredos.
Dejan tirada la plata
en el banco los cajeros,
y hasta el obispo se asoma,
santiguándose primero,

Un rebocito nuevo

La tez de caliente armiño,
de nieve el redondo seno,
flor de granado la boca
y hebras de oro los cabellos;
los ojos como dos chispas,
digo mal, cual dos luceros
de esos que en noches obscuras
cruzan veloces el cielo;
la cintura de serpiente
por el ágil culebreo,
y los pies como de broma.
piesecillos de muñeco.
Cuando sale por la calle
con su rebocito nuevo,
con su camisa de encajes,
y sus enaguas de vuelos,
de tentaciones la niña
va sembrando un semillero,
y llevándose los ojos
de todos con su gracejo.
Quien le dice: «Palomita,
por tus ojos hechiceros
estoy muriendo de amores,

de angustias estoy muriendo. »
Otro: « Bendita la madre
que te ha llevado en su seno,
y Dios que te hizo esa cara
y ese cuerpo sandunguero. »
Así regado de flores
dejan todos el sendero
por donde pasa la hermosa,
la del rebocito nuevo,
la de la boca de grana,
la de los ojos de fuego.
Ella á ninguno responde:
pero se vuelve sonriendo
y da gracias con los ojos,
que es cual darlas con el cielo:
y después sigue la marcha
cimbreando el gracioso cuerpo,
con un aire de princesa
que infunde á todos respeto.
Los sastres dejan la aguja,
sus hormas los zapateros,
los dependientes de tiendas
ponen á un lado los géneros;
el médico sus recetas,
sus navajas los barberos,
los periodistas las plumas
con que escriben sus enredos.
Dejan tirada la plata
en el banco los cajeros,
y hasta el obispo se asoma,
santiguándose primero,

al ver pasar á la hermosa,
la del rebocito nuevo,
la de la boca de grana,
la de los ojos de fuego;
la que el alma me envenena
con su desdén sempiterno,
quitándome el apetito,
arrebatándome el sueño;
la que me ha puesto, señores,
materialmente en los huesos,
más flaco que un alfiler
y más pálido que un muerto;
por la que paso las noches
rondando como sereno;
por la que me he de morir
si Dios no pone remedio,
si no le suaviza el alma,
que es dura como un madero;
si no le quita el desdén
con que responde á mis ruegos
diciéndome: « No me *emporre;*
ya le he dicho, caballero,
que busque con quien jugar,
que yo no soy su muñeco;
que aunque pobre soy honrada
y sé ganar mi sustento,
y antes que manchar mi nombre,
de hambre y miseria me muero;
y por último que deje
de amolarme con sus ruegos,
porque va á costarle caro

si lo sabe mi Sotero;
y se sacará la rifa,
porque es un león en lo fiero,
y me ha dicho que ha pensado
hacer un buen escarmiento
con el primer señorito
que me diga un cnicoleo.»
¿Lo ven ustedes, señores?
Esto no tiene remedio,
y yo me siento morir
y de pena desfallezco;
y he de hacer una trastada,
una locura de á pliego,
si no cambia de conducta,
si no se le ablanda el pecho
á la muchacha garbosa,
la del rebocito nuevo,
la de los labios de grana,
la de los ojos de fuego.

Histórico

Era don José María
hombre cargado de espaldas
no tanto como de Abriles
que en los sesenta cifraba;
de carácter muy alegre,
de inteligencia muy clara
y de aquellos que con gestos
cuanto dicen lo subrayan.
Era más bueno que el pan,
y más dulce que las pasas,
y más suave que la seda,
y más pobre que las ratas.
Aunque viejo y achacoso,
alegre como la Pascua.
Amaneció cierto lunes,
chonete, es decir, sin blanca.
Abrumado de congojas,
de acreedores, de jaranas;
sin una astilla de leña;
en poder de cuatro papas
y un puñito de frijoles
y dos tortillas heladas;
mirando solo galillos
cada vez que bostezaba

su gente, cosa que hacía
cada vez que lo miraban.
Tomó una resolución
—con frecuencia eso tomaba
por las noches como cena
como café en las mañanas. —
Y tras arreglarse un poco
y sacudirse la caspa,
y darle lustre á las botas
—botas que encontró botadas
en el patio de un vecino
colindante con su casa —
calóse el sombrero y fuese
donde Casimiro Parra.
Le contó su situación
y sin requerir á lágrimas
estuvo tan elocuente,
fué tan viva su palabra,
que conmovido el avaro
—que Parra es de los de garra—
abrió su portamonedas,
tan repleta como usada,
y puso en manos del viejo
un «diacuatro» (1) que lloraba
por su libertad perdida
desde el tiempo del rey Wamba,
y le dijo: «tome, amigo
voy á prestarle esa plata.
Ya ve los tiempos que corren

(1) Moneda de cuatro reales.

cuidado con mal emplearla.
Usté es hombre manirroto
por eso no tiene nada,
es bueno que entre en vereda,
¿De que le sirven las canas?
Le suplico pues que gaste
con buen acierto esa plata.»
Viólo don José María
y entre sorna y entre rabia,
exhibiendo la moneda,
como quien muestra una alhaja,
díjole así: *mezza voce*
con entonación dramática;
«habla V. como la Biblia.
Apenas de aquí me vaya,
para evitar tentaciones
y antes de dilapidarla,
voy á comprarme con ella
dos potreros y diez vacas,
siete yuntas, unos cerdos,
la Parroquia y está casa,
y no compro la Oceanía,
Europa, América y Asia,
porque ya estoy algo viejo,
para poder manejarlas;
y porque quiero que sobre
un poco para la casa,
para leña, para carne,
para vinos, para latas...
digo, si no resultamos
con que la moneda es falsa.»

Ven

Ven, niña hermosa, á la playa
á ver las olas serenas
cómo llegan perezosas
á morir en la ribera;
cuál dibujan en la orilla
con la espuma blondas tersas,
remedo de los encajes
que sobre tu seno tiemblan.
Ven á contemplar las naves
el lago cruzar ligeras,
dejando tras sí brillantes
mil caprichosas estelas.
Ven, arca de mis amores,
tiéndete sobre la arena
y en mi regazo reposa
tu soñadora cabeza,
mientras en tu honor las ondas
entonan canciones tiernas,
y la brisa mece amable
tu abundosa cabellera,
y la luna desde el cielo
con envidia te contempla,

envolviendo tu hermosura
en su luz pálida, trémula.
Ven á la playa, mi encanto;
está solitaria, fresca;
el lago quieto, apacible,
la noche clara, serena.
Aquí encontrarás un nido.
que mi cariño te ofrenda,
nido de rosas y lirios
tachonado de palmeras.
Ven, no tardes, alma mía,
que es un tormento tu ausencia.
Brisas que pasáis cantando
decidle, por Dios, que venga.

Esmeralda

En el balcón te he visto
que alegre estabas.
¡Guárdate, que las risas
llantos presagian!

No ha tenido Cartago
moza más guapa,
ni más coloradita,
ni más lozana.
Eran sus ojos verdes
dos esmeraldas,
que por la luz heridas
reverberaban
bajo el arco afelpado
de las pestañas.
Las curvas de su cuerpo
se dibujaban
ensanchando las telas
que lo guardaran,
y ofreciendo á la gula
de las miradas,
yo no sé que visiones
que trastornaban.
En efluvios de rosas

y frescas guarias,
envolvía los acordes
de sus palabras.
Era su voz sonora
tan dulce y clara,
como la del arroyo
que corre y canta,
por entre la floresta
que lo embalsama,
ya besando sus flores
ya retratándolas.
No ha tenido Cartago
moza más guapa,
ni más coloradita
ni más lozana.
Una tarde de Enero
salió Esmeralda
á gozar de la gloria
del panorama,
que presentan los valles
y las montañas
de ese suelo bendito,
do derramara
pródiga la Natura
todas sus galas.
Un mozo se le acerca:
marcial estampa,
ojos negros que tienen
honda mirada,
mostacho muy poblado,
melena lacia

que recuerda el origen
de nuestra raza.
Blanca la dentadura,
fina la cara,
la nariz aguileña
la tez bronceada.
— Quiere escuchar, le dice,
cuatro palabras?
— Dígalas á mi madre
que está en mi casa.
Y recogiendo un poco
la fina falda,
con taconeo sonoro
siguió su marcha;
mas, al doblar la esquina,
tornó la cara,
y en un beso se unieron
las dos miradas.
¡Dichoso del mancebo!
¡Pobre Esmeralda!
Vinieron en seguida
las serenatas,
los acordes sonoros
de las guitarras;
los versos plañideros
en que le hablaban
de pasiones intensas
y fieras ansias,
y una noche de luna
la niña incauta,
abrió las celosías

de su ventana,
para escuchar los trovas
que le cantaban
y por seguir las notas,
no oyó las alas
del ángel que su cuerpo
puro guardaba,
y que dejó por siempre
la dulce estancia....

***

Me cuentan que la niña
que deleitara
con la mágica lumbre
de sus miradas,
la que era de Cartago
gala de galas,
la más bonita y pura
de las muchachas,
hoy, llorando sus penas,
vive olvidada,
y en las noches de luna
muy quedo canta
con una voz que tiene
sabor á lágrimas,
este viejo estribillo
de una balada
«En el balcón te he visto
que alegre estabas.
¡Guárdate, que las risas
llantos presagian!

A mi hija Berta

«Dicen que á la Gloria
se marchan los niños,
¿qué gloria más grande
que tenerlos vivos!»

Los niños son flores;
la brisa aromada
con sólo besarlos
á veces los mata.
Un lugar, un punto
cubren en la casa,
pero llenan toda
la extensión del alma.
He visto á mi niña
dormida en su caja
¡qué bella, qué triste,
qué pálida estaba!
Algunos amigos
que me acompañaban,
me hablaron del mundo
pintando sus ansias,
sus riesgos y horrores
sus crüeles batallas.

Los vía tan sólo,
no los escuchaba.
En pos de mi Berta,
mi mente angustiada,
por altas regiones
incierta vagaba,
allá tras las nubes,
allá tras las gasas,
donde las estrellas
tienen su morada.
Yo fuí al cementerio
con mi dulce carga;
al sepulturero
entregué la caja,
y cuando á la tierra
devolví la amada
flor, que algunos meses
mi hogar perfumara,
lleno de amargura
regresé á la casa,
y al ver á mi esposa
le dije besándola:
¡Cuántas losas cubren
más que cuerpos, almas!

* * *

Los niños son flores;
la brisa aromada
con sólo besarlos,
á veces los mata.

El Careto

Era un rucio trastrabado
y con más piojos que pelos,
bastante falto de vista,
debilísimo de remos;
flaco como corresponde
á quien ha llegado á viejo
gustando amargos bocados:
no de zacate, de freno.
Archicorto en el andar,
en el rendirse archipresto;
millonario en mataduras,
en dolamas y defectos;
para las coces, la gloria,
para mordiscos, el cielo,
para dejarse ensillar...
los mismísimos infiernos!
Era gacho de una oreja.
De la cola no hablaremos,
por la sencilla razón
de que no tenía ese extremo,
á causa de un machetazo
que cuando potro le dieron.

No había rabo que pisarle,
— una ventaja, por cierto, —
si no existieran las moscas,
los moscos y otros insectos,
como verán los lectores
si continuaren leyendo.
Garrapatas no tenía
(las que tuvo se murieron
de hambre á las pocas semanas
de estar chupándole el cuero)
En cambio, no le faltaban
unas legañas de á pliego.
¡Qué esmeraldas tan hermosas!
me parece estarlas viendo.

—

Un enjambre que salió
en busca de un agujero
volaba por esos prados
entre mangos, naranjeros,
aguacates, higuerones,
y zapotes y ciruelos.
Unas abejas, de pronto,
columbraron al « Careto »,
y al mirar lo que buscaban
presurosas descendieron.
El olió la chamusquina
y se dijo: me defiendo.
¿Cómo? De un modo sencillo:
sentándome en el potrero.
Mas no contó con la huesped,
y fué que al rás del pescuezo

le clavaron unas puyas
de las de á tercia, lo menos;
y por defender los nortes
dejó los sures al viento.
Lo que duró la reyerta
ni lo sé, ni lo deseo.
Certifico que los bichos
al fin y al cabo vencieron:
que el pobre no halló defensa
ni pateando ni corriendo,
y horas después lo encontramos
completamente colmeno.

Al ciento por ciento

Desde que, en hora menguada,
dió el cable la maldecida
noticia desventurada,
va la plata de bajada
y el oro va de subida;
y es tan raudo su volar,
que ya nadie se importuna
pretendiéndolo alcanzar.
A estas horas debe estar
en los cuernos de la luna.
Para huír tuvo razón,
pues que servía en la tierra
de instrumento á la pasión,
como premio á la traición
y de pretexto á la guerra.
Siempre ayudando mezquinos
y bastardos intereses,
y por torcidos caminos
cometiendo desatinos
y cimentando altiveces.
El manchaba la inocencia,
compraba la adulación,
corrompía la conciencia,
insultaba la decencia

y daba alas al bribón.
¡A Dios gracias se ha marchado!
Y yo opino, con Iriarte,
que há tiempo el *mal empleado*
debiera haberse largado
con la música á otra parte;
mas lo que no hallo en razón
es que con rasero igual
se mida al rico, al ladrón,
al avariento, al gorrón
y á quien nunca tuvo un real.
Cuando el diluvio mandó
sobre la tierra el Señor,
á un hombre justo encontró,
y por serlo, lo exceptuó
del castigo aterrador.
¡Dios Oro, rey de la suerte,
sea yo el justo escogido!
¡No me abandones, dios fuerte!
¿Cómo ha podido ofenderte
quien nunca te ha conocido?
¡Ven á mí, dios de la mina,
padre de los pelucones,
y mi pobreza ilumina
con el sol de la esterlina
ó la luz de los doblones!
¡Ven, y terminen así
mis penas y mis reveses!
¿Quién puede vivir sin tí?
Yo te lo ruego por mí
y á nombre de mis *ingleses*.

Responso

El niño amado,
la Noche Buena
trajo en su cesto
de mimbre y sedas,
dos trajecitos
y una muñeca
de ojos azules
y cabellera
rubia, abundosa,
muy larga y crespa,
para mi Claudia,
mi musa buena,
cuyas miradas
borran mis penas.
Fué de la niña
la real muñeca,
hija sumisa
y amiga excelsa.
La más amada,

la predilecta;
dormía en su cuna,
comía en su mesa.

* * *

Esta mañana
cayó la nena...
¡Pobre mi Claudia!
¡Pobre muñeca!
De su hermosura
ya nada queda,
aquellas glorias
son ¡ay! pavesas.
Al ver que gime,
se desespera,
y el llanto brota
de su alma tierna;
pienso en mis hijas,
mis hijas muertas,
flores marchitas
en primavera,
y con mi Claudia
lloro por ellas,
sobre los restos
de su muñeca.

Heredia, 9 de Enero de 1905.

El alba

La campana alegre
repica en la torre,
el nido abandonan
mirlos y zenzontles,
y desde las ramas
floridas del bosque,
al cielo levantan
sus gratas canciones.
Gotas cristalinas
brillan en las flores,
frágiles diamantes
que dejó la noche
ya sobre las rosas,
ya sobre los brotes
del árbol añoso
ó el arbusto joven ;
gotas que la brisa
con su tenue roce,
sobre el césped blando
derrama en aljófares.

Desde el alto pico
que corona el monte
el alba sus gasas
vistosas expone.
Del modesto albergue
de los labradores
se elevan el humo
y las oraciones.
Muere la tristeza,
mueren los temores
su veste enlutada
la sombra recoge.
Mientras la campana
cantando en la torre
parece que dice
con alegres voces:
«El sol ha nacido,
ha muerto la noche,
den gracias al cielo
vuestros corazones.»

Epitalamio

A Lola y Delia

Rosas gemelas
son vuestras almas;
son dos palomas
de crespas alas
que un nido habitan,
que un himno cantan:
dos pomos bellos
donde la gracia
guarda sus mieles,
su aroma guarda.
Una es la estrella
de la mañana,
otra en la tarde
su lumbre exhala.
Cumpliendo leyes
por Dios creadas,
á otros verjeles
tendéis las alas,
á otras florestas,
á nuevas ramas...

¡El os bendice
y os acompaña!

***

Sobre esos nidos
sus tenues gasas
tienda el heraldo
de la esperanza.
Sea vuestra vida
cesta colmada
de frescas rosas
y lindas guarias,
donde sus perlas
derrame el alba.

¡Caramba!

Casóse Conejo.
Su señora Pepa,
cada nueve meses
le da una coneja.
De tanta abundancia
el pobre reniega.
« ¡Caramba! le dice:
usted exagera;
ó para ó me marcho;
no más descendencia.
¿Sabe usted el nombre
que mi casa lleva,
y cómo nos llaman
las gentes por fuera?
Yo soy conejete;
las niñas conejas;
usted conejilla;
gazapa mi suegra,
y mi pobre casa
« la real conejera ».
No más conejitos.
No más descendencia.
Por Dios se lo pido
mi señora Pepa ».

CONCHERÍAS

Concherías

Aliento fresco de los montes, respiración sana de terneras al levantarse la aurora, risas del campo cortando la tranquilidad de las horas, de los cuchillos el cliquetís metálico y vibrante que rebana en la noche el silencio de la luna: todo eso aquí se encontrará.

Mas si se lee, reflexionando, esas poesías, cuando ya se ha experimentado el encanto poético, aparece el alma de nuestro pueblo y su lengua arcaica y sencilla.

Abandonado el pueblo á sí mismo, porque después que deja las aulas de la escuela rural nadie se ocupa en proporcionar á su entendimiento nuevas ideas, nuevos conocimientos, nuevas diversiones, va quedando estacionario, dominado por las preocupaciones de toda clase que le han legado sus antecesores.

Su higiene privada se halla en el mismo estado que hace muchas generaciones tuvo y su medicina, untada de hechicería, es una mezcla de barbarie y de buen sentido natural.

Se advierte éste en el uso de las plantas medicinales de enérgicas virtudes y aparece la brujería en las caprichosas proporciones en que se hacen los ungüentos y mixturas. Esto es, nuestro pueblo, en lo que atañe á medicina, se halla en plena Edad Media. El sentido médico es uno de los más desarrollados en nuestro pueblo, como ya lo fué en el de España, por eso es fácil observar cómo á cada momento, en tratándose de una enfermedad, brotan las recetas en abundancia. Así, no es extraño que en *Conchertas* se reserven un lugar tan preferente *(El curandero, Visita de pésame)*.

Desarrollado en más alto grado que el sentido médico se halla en el campesino tico el espíritu comercial. Calcula con aparente torpeza, pero detrás de su cara bonachona existe la certidumbre de un cálculo muchas veces repetido. Es un tratante ante todo y el tipo verdadero, lleno de sorna y malicia, se verá en *Mercando leña*.

Tanto en esa como en la conchería titulada *Trato frustrado* sonríe la índole semiburlona y socarrona del aldeano tico. Así como aparece su valor caballeresco en *Cuatro filazos*. En el *me perdonás si te mato* hay una mezcla de religiosidad y de resolución, digna de los más clásicos tiempos de la capa y la espada.

Esa influencia de la religiosidad que se observa en tantas costumbres de nuestro pueblo se manifiesta de muy claro modo en esa fiesta dolorosa que se llama *El Angelito*. Si el niño que

muere es un ángel más, torpeza herética será llorarlo; celebrar su muerte es menos humano, pero más grato á Dios: por eso el campesino tico celebra la muerte de sus hijos chicos. Los vecinos y los amigos ríen, el padre bebe, quizá sólo la madre vierte algunas lágrimas furtivas, como las derrama el día de la boda de la hija, la inseparable compañera de sus días de pena.

La triste vida del cuartel queda descrita en la carta de Pedro Vindas á su novia. Es, sin embargo, un pálido reflejo. La amargura dolorosa de la familia que ve marcharse al mocetón valiente no se cuenta allí. Pero ella existe y la musa que hoy nos hace reir también nos hará maldecir esa vida entorpecedora del cuartel.

En *Instantáneas* está un cuadro social de primer orden. El nos deja adivinar el cuadro de hogar que se seguirá á la ebriedad del padre de familia. Allá en aquella taquilla distante el hombre bebe y pierde la cabeza, injuria, pelea, hiere ó mata y despierta en la calle ó en la cárcel, separado para siempre de sus hijos, de su mujer y de sus bueyes.

Leyendo las *Conchertas* el lector atento desentrañará dos sentimientos culminantes: es el primero el culto tributado á la madre. Allí donde el insulto brota con mayor energía hay seguramente una expresión que alude á la madre del injuriado. Después de eso siguen los golpes ó las heridas. No se concibe mayor denuesto. El segundo sentimiento es el amor á los bueyes.

Los mudos y leales amigos de la casa que comparten su ración de caña con los niños, que por ellos se dejan enyugar, ocupan un sitio preferente en la vida de nuestros campesinos.

Tales son los rasgos más importantes que el poeta, sin reflexionarlo demasiado, tal vez, ha dejado manifiestos en sus versos. Este poeta es el cantor del alma de nuestro pueblo: sencillo y supersticioso, calculador y crédulo, galante y generoso, allí está tal como es. Quien quiera un pueblo mejor que se empeñe en la obra de hacerlo.

***

Aquí también se escuchará la lengua tal como la habla con su sintaxis simplificada, á veces incorrecta, pero siempre clara. Allí está vivo el ejemplo de que se entiende bien la lengua que se escribe como se habla, sin las exigencias de la gramática. La malicia, la ironía, todo se trasparenta en ese lenguaje.

Para el filólogo extranjero él tiene considerable importancia. No se le da bien disecado en un diccionario, sino viviente, tibio, como si se tomase de los labios mismos del pueblo. La trascripción se ajusta, tanto como es posible para no chocar demasiado con los hábitos existentes, á la verdadera pronunciación popular.

Allí está justamente su importancia. Las palabras que los gramáticos han condenado como

impropias son con mucha frecuencia arcaismos, y en todo caso se nos ofrece la oportunidad de ver que las leyes fonéticas que presidieron á la formación de la lengua castellana, siguen ejercitando su influencia á través de las distancias y los siglos. Si desde la época anteclásica vemos que la *r* final de los infinitivos se asimila á la *l* delante de los sufijos, y así lo observamos en *Conchertas*, necesario será concluir que la vida de nuestra lengua posee una pujanza extraordinaria, y que allí donde encuentra la libertad de hacerlo, se desarrolla tan fuerte como en los primeros años de su aparición en la península Ibérica. Entre vocales la síncopa de la *d* fué ley constante, y así subsiste en nuestro lenguaje popular, que la suprime indefectiblemente en los participios de la primera conjugación.

La elisión de la *o* y la *e* delante de palabras que principian por vocal, también la observaron los castellanos, y es ley dominante en la lengua *tica* y americana en general.

Aunque la palabra *Concherta* es bien inteligible para los nacionales, no estará demás indicar que en Costa Rica, de unos ocho años para acá, se llama *Concho* al campesino, al aldeano. Por lo tanto, una *Concherta* es una acción ó una expresión propia de un campesino.

***

Escuchad aquí los inocentes juros, las supersticiones, los errores, las opiniones, las costumbres de un pueblo que ama, que trabaja, que se deja llevar, que á veces bebe, que ríe. Y no prestéis oído al llanto de las madres que muere sofocado en las cenizas del fogón ó bajo el turbión de vuestras risas.

ROBERTO BRENES MESÉN

La vela de un angelito

Apenas el rezador
pone fin á lo que reza,
cuando sale á relucir
la hidrópica botijuela.
¡Qué besos tan cariñosos!
¡Qué caricias tan extremas!
Unos la apuntan al muro,
los más hacia las soleras.
Libre la sala de estorbos,
puesta en un rincón la mesa,
donde en caja destapada
duerme el *Angel* que se vela,
adelanta el maestro Goyo,
que es el director de orquesta,
con el *chonete canchao*,
bajo el brazo la vihuela,
en la boca el *cabo* hediondo
que ha llevado tras la oreja,
cabo que ha de ser al cabo
soberanísima *cuecha*.

— o —

Da principio el zapateado.
Cómo saltan y dan vueltas,
se detienen ó adelantan,
se separan ó se estrechan.
Ellas con la falda asida
y la mano en la cadera.
Ellos con pañuelo al cuello
ó en la mano, según quieran.
Ahora dando pataditas,
ya girando con presteza,
van de la una á la otra banda,
van de la una á la otra puerta.
Envuélvelos una nube
que forma la polvareda
que por los pies arrancada
surge del piso de tierra;
nube contra la que luchan
en vano doce candelas
colocadas en *pantallas*
que de las paredes cuelgan,
ó adheridas al horcón
de recia y tosca madera,
donde dejan al morir
sebo, hollín, pabilo y yesca.
Alguien grita: ¡bomba! ¡bomba!
Párase al punto la orquesta
y un mozo de buena estampa
así dice á su mozuela:
«Como mi almuada es de paja
y mi novia no está vieja,
toda la noche la paso

con la paja tras la oreja».
—¡Bravo!
— ¡Bien!
—¡Biba Domingo!
— ¡Biban ñor José y Grabiela!
—¡Biban los dueños de casa!
—¡Otro trago *pa l'orquesta!*
—¡Música *mestro, y arréle*
que ya encontré compañera!
—¡Oh biejiyo tan *asiao!*
—¡Que biba yo y mi pareja!
—¡Que biba!
—¡Bomba!
—¡Otra bomba!
Párase al punto la orquesta,
y la niña puesta en jarras,
responde así zalamera:
«Quisiera ser *cojoyito*
ó flor de la yerbabuena,
para perfumarle el alma
al negro que me quisiera.»
—¡Bueno!
—¡Muy bueno, caramba!
—*Alcánsensen* la limeta,
que la *casusa* hace falta
y es *casusa* de cabeza.
—Dame un trago, Valentín
—*Sampále*, que no hay tranquera.
Los mozos de la familia
á las jóvenes obsequian,
repartiendo en azafates

sendas copas de mistela,
que toman en compañía
de empanadas de conserva,
polvorones, pan de rosa
ó enlustrados con canela;
mientras las damas mayores,
con la escudilla en las piernas,
se *atipan* de miel de ayote,
usando para comerla
de sus no pulidos dedos
las sus no muy limpias yemas.
Fortalecidas las panzas
sigue de nuevo la juerga,
y entre risas y palmadas
se inician juegos de prendas;
«San Miguel dame tus almas»;
luego «La gallina ciega»,
luego «El estira y encoge»,
«El muerto» y «La mula tuerta».
En tanto allá en la cocina
la madre suda y se empeña,
ya batiendo chocolates,
ya saqueando su alacena
donde el bizcocho dorado
duerme en amplias cazuelejas,
ó ya sacando empanadas
de papa y carne rellenas,
ruborizadas de achiote
y trasudando manteca.
El padre con una *soca*
de más allá de la cuenta,

suelta un rosario de verbos
y *rajonadas* tremendas,
diciendo que allí no hay hombres
que se *paren;* que son hembras,
y que el que quiera probarlo
que se salga á la tranquera,
pa arriarle cuatro *planasos*
y hacerle ver las estrellas....

La gentil aurora pone
fin, con su luz, á la fiesta:
y al niño, en la caja blanca,
se llevan para la aldea,
donde le aguarda el regazo
cariñoso de la tierra.

Cuatro filazos

Ambos son de alma templada,
mozos ambos y fornidos;
no hay diferencia en edades,
ni en la guapeza y el brío.
Iguales son en donaire,
en coraje son lo mismo,
é idénticas las realeras
en el tamaño y el filo.
Por la bella Marcelina,
la nieta de ñor Jacinto,
á darse cuatro filazos
los dos mozos han salido.
Escogen para el combate
la Vega de los Molinos,
y á la luna silenciosa
tienen sóla por testigo;
no cruzan una palabra
durante el largo camino:
cada cual piensa en la madre,
en el padre, en el amigo....

y los dos en la muchacha,
causadora de aquel cisco.
Tristes son sus pensamientos,
pero marchan decididos,
porque los hombres valientes
no suelen ser reflexivos.
Una vez que al campo llegan,
y ya puestos en el sitio,
tiran chaqueta y sombrero
sobre un pedrusco vecino.
—¿Me perdonás si te mato?
—¡Está claro! ¿y bos?
—Lo mismo.
—Pues si querés empesamos.
—Empesemos, Secundino.
A un tiempo de la ancha vaina
sacan ambos los cuchillos,
que á los rayos de la luna
despiden siniestro brillo.
Si uno avanza el otro ceja;
ya están distantes, ya unidos;
saltan, gritan, vuelven, zafan,
fieros, resueltos, bravíos....
Los aceros al chocar
producen extraños ruidos,
y la claridad incierta
pueblan de rayos fatídicos....
Rueda el pobre Juan de Dios
sin exhalar un gemido....
Piensa un instante en sus padres,
en su adorada y en Cristo,

y entra al reino de la Muerte
tan sereno, tan tranquilo,
como en los brazos maternos
se duerme el cándido niño.

***

El sol de la mañanita
alumbra su cuerpo frío,
y bebe la sangre roja
que mano airada ha vertido,
para colorear sus mantos
por el tiempo desteñidos.

Andaluzadas ticas

— Pa julminantes, ninguno
como el de José María;
no es guayaba, con dos balas
se trajo al suelo tres chisas.
— ¿Las apercoyó en el nido?
— Que ba pa nido, en un Yra:
una en la rama de abajo
dos en la rama de arriba.
— ¿Y asertó á dale á las tres?
— ¡En la pura coroniya!
— Ja ja ja.
— De qué te ris?
Lo que digo no es mentira.
— Pero hombre no puede ser,
sólo que por gran chiripa....
— Nada d'eso; ese jusil
tiene su cosa malina....
Una bez en la Sunsión
andabamos por l'oriya
del Mermudes, yo, Tomas,
Canuto, y José María
tepescuinteando; de pronto
se puso á oler la perriya
d'iay á ladrar y ladrar,

y á botáselos ensima,
daba bueltas, daba saltos,
ya se echaba, ya corría
lo mesmito que si la
persiguieran las abispas.
Por más que abrimos los ojos
ninguna cueba se bía.
Ispiamos para un guarumo,
pa unos itabos, ¡ nadita !
pa la posa, el agua clara
como si juera yobida;
la perra seguía ladrando
y en la mesma desusidia.
Dijo Canuto: quisás
se le habrá clabao espina;
le reparamos las patas,
la pansa, la rabadiya,
el pescueso, las orejas,
hasta el rabo, ¡ naditica !
En eso gritó Tomas:
¡ Muchachos !.... ¡ Ave María !
y los señaló un charral
onde vimos una *mica* (1)
con la cabesa enfrenada
y sacando la lengüiya;
á todos se los jumsió....
(pa que decir la mentira.)
Aqueyo no era culebra
era un royo de manila:

---

(1) Culebra que llega á desarrollarse mucho.

lo menos tenía sien baras
del rabo á la coroniya.
La cabesa era un ayote
y lo q'es de gruesa, ¡asina!....
¡Oh temeridá de bruta!
¡Igual no beré en mi bida!
Todos salimos corriendo....
Pos hombre, á José María
se le cayó la escopeta
y se descargó solita.
Entramos á un bejucal,
cortamos unas bariyas,
los atoyamos un trago,
pos yo traiba una botiya,
y después de persinanos
resamos la Ave María
y los juimos á matala
todos cuatro, de puntiyas.
Al yegar junto al charral
encontramos á la indina
rebolcándose en su sangre
y hecha por completo chuicas:
no quedó una munisión
de las cuarenta, perdida!
—¿Bos biste eso?
—Yo lo bide.
¡Por estas que no es mentira!
¿Y saben lo que calculo?
se los digo, y no lo digan:
pa yo que á ese julminante
le han echao su basuriya.

Modelo epistolar

I

Estimada Domitila:
cojo la pluma en mis manos
tan sólo pa notisiale
que estoy gordísimo y sano,
quiere Dios, y que deseo,
que, al resibo de estas cuatro
letras, se jayen ustedes
de cabal salú gosando.
Desde antantier me asendieron,
por jortuna, á Sota Cabo;
estrené nuebo uniforme,
y una bariya me han dao
como isinia del destino,
y el sueldiyo me aumentaron;
hora gano un peso dies
y no salgo á los mandaos,
lo que era una fregasón,
porque el teniente Naranjo
me espachaba, por lo menos,
beinte beses á trer guaro,

ú á trer puros, ú á pedir
un peso aonde los Campos,
cuando no onde los Quesadas
ú aonde Rosendo Alfaro
Además, el Capitán
tiene un chorrero de gayos,
y había que bese á palitos
pa que estubieran asiaos;
y á más había que bañar
por la mañana un cabayo,
un blanquiyo que lo yaman
Caperoles, liberiano,
y que es un costal de mañas;
hasta muerde el confisgao.
Ayer me trujo Jasinto
la ropiya, los sigarros
y su carta y la cajita
con ingüento de soldao.
Ayer mesmo me lo unté;
de biaje se atarantaron;
esta mañana me bide
y ni uno bibo á quedao.
Dígale á José María
que no le mando su encargo,
porque juí propio á las tiendas
y sólo jayé de cacho,
iguales á los que bende
en esa ñor Tanislao.
Le buelbo á recomendar
que tenga muchos cuidaos
con el mestro, porque sé

que ese patas es muy malo,
y que es capás de atoyale
basuriya en un sigarro,
como hiso con Miquelina
y con la hija de ñor Bastos.
Salúdeme á ña Prudensia,
lo mismo que á los muchachos,
y no me olbide, que yo
me paso en usté pensando.
Soy su nobio y serbidor

PEDRO BINDAS,

Sota Cabo.

Posdeta

Perdone los dos borrones,
pero jué que me meniaron.

II

Mi querido Pedro Bindas:
cojo la pluma en la mano
pa contestale su carta,
que con salú nos h'ayao;
sólo mama no está bien
porque la sigue fregando
el dolor en el cuadril,
la tos, el pujo y el flato;
por suerte está mejorsita
con sólo la miel de palo,
con güitite y alcanfor

que le aplicó mano Pablo.
De ayer pacá se lebanta,
u'nque no sale del cuarto.
Le notisio que la yegua
tubo un potriyo melao,
con un lusero en la frente
y otro debajo del rabo.
Es muy bonito, si biera,
se parese al Recortao
Ya la baca la soltamos
porque no daba ni un baso,
pero la *josca* no tarda,
pa la llena la esperamos,
está que no puede andar.
¡Ojalá no salga macho!
Mano Jasinto y Grabiel
se dieron unos cuerasos;
comensaron por juguetes
y se jueron calentando,
calentando hasta que al fin
las dos realeras sacaron,
y si no es que Margarito
abrebea á desapartalos
quien sabe si á l'ora de ora
no estaría alguno enterrao.
A yo me ha pudrío siempre
la jugadera de manos,
hasta en los propios chiquiyos
repuna, más en los lángaros.
Onde Jasinto hubo baile
pal estreno de un retablo

muy lujoso que trujeron
el domingo, de Cartago,
pa meter á Santa Rita
y al Señor Resusitao.
Disen qu'es qu'estubo bueno,
yo no juí unque m'imbitaron,
en primer lugar por mama,
y en segundo por el diablo
del mestro que ya me tiene
como disen, hasta el cacho
entre más lo despreseo
y más mala cara l'ihago
más anda detrás de yo.
No sé como habrá cristianos
que no puedan entender
las cosas si nu'es á palos.
En la misa del domingo
hubo dos amonestaos:
Ramón Serdas con Gregoria
y Sirila con ñor Campos.
Disen que Ramón se casa
pal primer juebes de mayo.
Me contó José María
que ayer lo bido encalando,
y qu'él mismo le contó
que ya'bía comprao los trastos,
y qui'ase dos meses tiene
dos chanchiyos amarraos,
dies chompipes, dos gayinas
y un motico y tres carracos.
Dichosotes los que tienen

tata rico y patrón *macho*.
Sábe que se los murió
el gayo cuijen el sábado;
le empesó com'un ronquío,
cantaba desentonao,
se le cayeron las plumas,
se le pandió el espinaso;
ayer lo encontramos tieso.
¡Pobresiyo, tan buen gayo!
¿Qué hay de desámen y baja?
¿No les han dicho hasta cuando?
Tata me echó una indireta.
Yo creo ques que le han contao
alguna cosilla suya
y pienso que sea Lisandro,
porque antier me los jayé
junto al portón de don Marcos,
y nu'ise más que arrimáme
y ambos á dos se cayaron.
El domingo, si Dios quiere,
le mandaré los sigarros:
ya tengo la cura lista
y estoy el papel piquiando.
Mama le manda memorias,
tata, Luis y los muchachos.
No deje de persinase
pa que no lo tiente el malo,
porque disen qu'en Heredia
es onde hay sesenta rayos,
por bida suyititíca. ..
Dios guarde supiera yo algo.

Me alegro del peso dies
y de lo de Sota Cabo.
Tengo una gana de belo
con la bara y estrenando.....
Ya me boy porque me yaman,
escríbame pronto y largo,
y piense un poco en su Tila
que bibe en usté pensando
y ni un momento lo olbida.

DOMITILA H. CAMACHO

Diálogo

— ¿Y lo jayaste muerto?....
— No, tuavía resoyaba,
pero con una angustia,
pero con unas ansias.....
— Sea por Dios, Ildefonsa.
— Repará si no es baina:
el domingo ajusté
cuarenta de casada
sin resentirle nunca
una mala palabra,
ni un mal modo, ni un ajo,
ni un moquete, ni nada.
Lo conosí chiquiyo,
en la hasienda de Pavas.
Los domingos y fiestas
iba con mama Blasa
á la iglesia, al mercao:
prontico regresaba.
Cuando más un rompope
goun bino se tomara,
yo le puse cariño

por lo bueno con mama;
¿Qué quería la biejita
que él no preporsionara?
Leña.... pos traiba leña:
gruesa?.... pos á picala.
El cogía las goteras;
él los empañetaba.
Al bolber del trabajo
los pedía las tinajas,
y en medio de las risas
de los piones, las traiba
hasta el goyete yenas,
yenesitícas de agua.
Si cogía alguna *chisa*,
ó se encontraba guabas,
ó jocotes ó mangos,
(unque jueran naranjas),
benía con el pañuelo
derecho ponde mama:
« Tome para que coma »,
esa era su palabra.
Hubo una bez un baile
no se si pa la Pascua,
en medio de las músicas
y de las algasaras
me apalabrió; le dije:
« arréglese con mama ».
Eya dijo que « bueno »;
m'hicieron unas naguas.
El me mercó un reboso,
y un sombrero de paja,

dos sillas, una mesa
un santo y una cama.
Los dieron una piesa
y después de encalada
mi'iso un jogón muy grande
y me mercó las arras,
y unas oyas de jierro,
dos cobijas de lana
(de las de á cinco pesos),
tres platos, una banca,
un cofre, dos jarriyos,
y mis buenas almuadas.
Después que los casamos,
lo más á la semana,
juí se trujo los trastos
del cuarto de mi mama.
La beya como una hija.
Cuando murió lloraba,
pobresiyo, me acuerdo
que estaba hasiendo una abra
onde el dijunto Chepe,
ayá por la Pitaya.
Al yebale el almuerso,
siempre bolbía la cara
yenesita de gotas
de sudor y de lágrimas....
D'iay los nasió Jasinto;
luego nasió Pascuala:
pasaron unos años,
y los vino Estabana.
Lo hisieron mandader

del « Porbenir » de Cañas.
A juersa de las juersas
compramos esta casa,
mercamos el serquiyo
que no yega á la cuadra,
y cuando ya teníamos,
al menos esperansas
de conseguir los riales
pa ajustar la mansana,
juí le cojió ese mal
anteayer en la cama.
« ¿ Quiere su cafesito ? »
y no me contestaba.
«¿Qué es eso? ¿Pus qué tiene?»
Le desía yo asustada.
Me jué entrando congoja,
juí y abrí la ventana
y lo encontré muy fiero
con la bista parada,
el estómago asina,
y dando manotadas.
Juí y desperté á Jasinto
y yamé á las muchachas
y todos le acudimos
con todo pero ¡nada!
Le puse un buen ungüento
de manteca con malba;
acá con hoja ruda,
le flotó bien la espalda
—lo mismo que si fuera
las patas de la cama.—

Hasta que ya Jasinto,
biendo la cosa mala,
se las abrió pa Heredia
y se trajo unas aguas
y un parche. No aguantó
la tercer cucharada!....
—Hay que tener pasensia,
tal bes Dios lo yamara.
¡Era tan bueno el pobre!....
—Requetebueno, Inasia,
pero, á mí ¿quién me quita
que me haga tanta falta?
Tengo como congoja,
tengo como unas ganas
como de no meniame
y estar acurrucada,
sin que naide me biera,
sin que naide me hablara,
íngrima en este cuarto,
íngrima en esta casa,
así como los muertos,
así como enterrada.
¿Sabés cómo me encuentro?
Como un moto sin mama.
Tengo setenta y cuatro
yun que á los sien yegara
no consigo otro Cosme
ni con candela, Inasia.

La serenata

Anda el mozo de soldado
en una facha, ¡qué facha!....
El pantalón más que corto,
la guerrera más que larga,
con un kepis al que sobra
lo menos una pulgada,
á pesar de dos *Gacetas*
que detrás que de la badana
pusieron manos expertas
en acortar las distancias.
Hace dos días lo *cruzaron*
y debe partir mañana
á la remota frontera,
donde la muerte le aguarda,
ó tal vez los resplandores
de las glorias anheladas.
— «Muchachos — exclama el cabo —
tienen esta noche franca
pa salir ó pa quedase;
pa lo que les dé la gana.»

— «Eso sí — dice el sargento —
que cuidado como faltan,
á la lista de las sinco,
porque mañana es la marcha.
Y que beban sin socarsen,
porque si se descompasan
ban á llegar á Liberia
fusilados á punta é'bara.»
— ¡Biba el sargento Ledesma!
— ¡Que biba el cabo Peralta!
¡Biba!
— ¡Biba!
¡Biba!
¡Biba!....
— ¿Qu'es esa buya, carasta!
— Teniente, es que les estoy
disiendo cuatro palabras,
pa esplicarles qu'esta noche
están libres, porque es franca.
— Para eso no es necesario
que metan esa algazara.
El que se queda, se queda;
el que se marcha, se marcha.
Conque no quiero más gritos.
¡A la calle ó á la cama!

***

Sale un grupo de soldados
en que ba Calisto Abarca,
el nobio de *Miquelina*,

l'hija de ñor Justo Jara,
que vive junto á la Uruca,
como á mil quinientas varas
bajando desde el mercado
por el Paso de la Vaca.
Ba el pobre muy pesaroso,
porque deja á la muchacha
de quien está enamorado,
según dise, hasta las cachas.
Belfor, su amigo, propone
llebarle una serenata:
— «Bos cantás lo que quedrás
y yo toco la guitarra.»
Vanse á *Las brisas del Guaro*
y cuatro dobles se zampan,
y alquilado el instrumento,
al cuarto de la agraciada
Miquelina, para darle
el adios en serenata.....
Tic, tic, tic, tac... tic, tac, tic, toc.
La vihuela bien templada,
el nobio tose dos veces
y esta cancioncilla canta:
«Ya me boy pa'la Liberia,
»onde la muerte mi aguarda.
»Si al caso yo muero ayí,
»poné una flor en mi lárpida,
»poné una flor, poné, poné
»en mi larpi.. da.. da.. da..
»en mi larpí.. larpí.. da.. da..
»pi, pi, pi.. pilar.. pidá..

»Adios, adios! me despido.
»Ya yo abandono esta playa,
»pero me llebo el cariñó
»de la mujer que mi amaba,
»de la mujer. . de la mujer. .
»que mia. . ma, ma, ma, mabá. . !
»Si sabés que mi han matao
»en los campos de bataya,
»sobre mi tumba de niebe
»chorriá del amor la lágrima,
»cho, cho, cho. . cho, cho, cho. . cho. .
»cho, cho, cho. . chorriá. . ¡chorriála!»

***

Mientras tanto allá en la cuya
llora y reza la muchacha,
y le pide á San Antonio
y á la Virgen de la Barca,
que se lo lleven con bien
y que entero se lo traigan.

Los milagros

— ¿Conque crés que los milagros
hos hasen los santos?
— Creo!..
— Pos estás equibocao,
Jasinto, de medio, á medio.
— ¿No hay milagros?
— Claro está! Pero no los hasen ellos.
Sabes quién?
— No.
— Pos oyí,
son las almas de los muertos. —
No hay un alma, por más mala
que haya sido aquí en el suelo,
(carculá la mas bandida)
que aguante paquete entero
de candelas. (1) Y está claro.
Repará que la yama ba derecho.
á pegásele en los ojos,
ó en otras partes del cuerpo,

---

(1) Velas.

— Que ba pa paquete, dos,
y al desir tres el obero
andaba dando carreras
y bramidos por el serco.
— Te aseguro que hasta el día
d'ioy no sabía yo nada d'eso.
— Pos que nunca te se olbide.
— No ha de olbidáseme, Diego.
Sabes qué estaba pensando?
Que si yamás uno bueno
con una sola tenía.
— Con una desis, con menos!
Pero fue que en la taranta
solo recorde á Perfeuto.
— Cuanto mas bibe el cristiano
mas apriende... ¿Sierto?
— Sierto!

Boda campestre

Con dos « cuetones » anuncian
la salida de la iglesia.
Delante va el padre cura,
sigue el alcalde Ledesma,
ñor Vindas el curandero
y luego el « mestro » de escuela.
Tras de estos grandes señores
marcha la gentil pareja.
Es justo que en describirla
puntualmente me detenga,
y natural que principie
por la niña, por « Miquela ».
« Tomará tener veinte años »,
según dice ña Sotera,
la madre; sus veinticuatro
al contar de malas lenguas,
que sostienen ser nacida
« pal tiempo de las virgüelas,
mucho antes que el Presidente
despachara para ajuera
al señor obispo Thiel,

que Dios en su gloria tenga. »
Ya sean veinte ó veinticuatro,
ó veinticinco ó cincuenta,
es lo cierto que la niña
debió llamarse Perfecta,
por su cara, por su cuerpo,
por su sandunga y etcétera.
Lleva un vestido de gasa,
con peto de lentejuelas,
y unas florecillas blancas
enredadas en las trenzas.
Es blanca también la faja
que le azota las caderas,
y blancos los chapincitos
y blancas sus carnes frescas,
y más blanca todavía
el alma de la doncella,
que tiene los dientes finos
y brillantes como perlas,
y dos ojos que en el cielo
de su rostro son estrellas,
estrellas donde se mira
el mozo de la Verbena,
que la sacó de su casa
por la puerta de la iglesia.
Un mozo que tiene milpa
y á más de milpa carreta,
amén de un potro « melao »,
hijo de una yegua overa
que don Francisco Peralta
trajo de Lima ó de « Suepcia »

como dijo en el Congreso
un diputado de Heredia;
que tiene su «pita» fino,
una hermosa yunta nueva,
arado de California
y la trojecita llena;
dos manzanas de café,
una casa y una huerta,
y un «jusil de julminante»,
una vaca «cajuelera»
y su montura de pico,
su puñal, y su «cruceta».
Un mozo de mano dura,
pero con el alma tierna,
á quien por amor ó miedo
en todas partes respetan;
que si suenan sus limosnas,
sus pescozones resuenan.
«Nadie le pone la pata»
en asuntos de pelea,
y si «arrebata» el machete
no queda en el prado yerba;
y lo mismo «despalota»
que tiende alambre en la cerca,
ó amansa un par de novillos,
ó monta una mula nueva,
ó saca suertes á un toro
sin cobija ni vaqueta.
Que Cristián, el de ña Rita,
es un hombre de «de veras».
Vienen detrás de los novios

invitados, parentela,
y después la « chamusquina »
enredada con la orquesta
en que van un acordión,
tres guitarras. dos vihuelas,
un clarinete sin llaves
y un violín con una cuerda,
todos bajo la batuta
de ñor Aniceto Cerdas,
el músico más « templao »
entre la gente costeña.
Al llegar junto á la casa,
asoman por la tranquera
los suegros de la muchacha
que muy compuestos esperan.
Allí tiran diez « cuetones »,
tres descargas, dos bombetas
y en unos vasos azules
vierten cuatro ó seis botellas
de sus vientres virginales
el fuerte sabroso néctar.
infierno que sabe á gloria
y que apenas baja, trepa.
Después de pasar el trago
los hombres dan á las hembras,
en unas copas labradas,
ya « rompope » ya mistela.
— Acuérdense — dice el cura —
que hoy nos toca la novena
y la visita de altares;
conque, vamos á la mesa.

Yo me levanté aclarando
y estoy viendo las estrellas.

***

En una sala espaciosa
cinco «burras» patituertas
sostienen algunas tablas
tapadas con «manta» nueva.
En taburetes de cuero
se sienta la gente seria:
para el pópulo hay escaños
adornados con tachuelas.
En un camarín de lata,
que escoltan dos azucenas,
un perro de porcelana
y ocho cabos de candela,
sus amantes brazos abre
sobre una cruz de madera,
Cristo, el hijo de María,
el Salvador de la tierra,
y penden de las paredes
tres cromos que representan
á la Virgen del Socorro,
San Ramón y Santa Berta.
Además hay unas jaulas
en que cantan la tristeza
de su libertad perdida,
cuatro «monjitas» cerreras.

***

Sudando llega la madre
con una enorme bandeja
en que el caldo de mondongo
en tazas grandes humea,
tazas que en letras doradas
exhiben estas leyendas:
«Vos sois mi bien», «Vida mía»,
«Domitila», «Clara», «Chepa»,
«No me olvides», «¿Hasta cuando?»
«Ildefonsa», «Filadelfa»,
«En tí pienso», «Caralampio»,
«Tuyo soy», «A Balvanera»,
y otros muchos que no pongo
por no hacer la lista eterna.
Acabado el mondonguito
van circulando en la mesa
el Oporto de seis reales,
el Málaga de sesenta,
algunas cervezas Traubes
y el endemoniado «Angélica»,
que baja como una bala
y sube como una flecha.
— Que hable el cura.
— Yo no puedo.
— Diga algo el «mestro» de escuela.
— Yo tampoco, estoy de luto.
— Pos que se bote Ledesma.
— Bueno, pero dame vino.
— ¡Silencio!
— Cristián, Miquela:
el matrimonio es el ñudo

que se forma con la cuerda
del amor de los cristianos
que habitan bajo la tierra.
Ve un muchacho una muchacha,
ó se miran besibersa,
y se hablan cuatro palabras
y se entienden y á l'iglesia.
Y aquí brindo por Cristián
y aquí brindo por Miquela;
pa que les cante el amor,
ya por dentro, ya por juera....
— ¡Bueno! ¡Que biba el Alcalde!
— ....y haiga siempre primabera
que les regale sus flores
y enfertilise sus tierras;
por que no falte el cariño,
ni se formen peloteras,
y por que lleguen á viejos
y que confesados mueran,
dejando á los hijos machos
en los brasos de las nueras,
y en los brasos de los yernos
dejando á las hijas hembras;
y que encuentren por remate,
cuando la pelona benga
del sielo de par en par
espernancadas las puertas.
— ¡Bien!
— ¡Muy bien!
— ¡Biban los nobios!
— ¡Biba el Alcalde Ledesma!

— ¡Biba Tiodora Camacho!
— ¡Que biba!
— ¡Biba mi agüela!
— ¡Amárrenlo!
— Fiiii
— ¡La tuya!
— ¡Música, música, Serdas!
— ¡Listos!
— ¿A cuál le sampamos?
— Arrimale á «La Cajeta». *(Tocan).*

. . . . . .

— Una tonada, Puyón —
le grita Casta Marchena.
— ¡Que cante! — reclaman todos.
— Bueno, pos pa complasela
boy á cantale... Ñor Serdas,
¿usté sabe el «A ya yay?»
— Aunque nunca lo supiera.
Me basta que me digás
tan sólo cómo comiensa.
La, do, re, mi, fa, sol, la.
Sampále, que no hay tranquera.
(Canta). — A ya yay, linda negrita,
á ya yay, que yo quisiera
saber si son suabesitas
tus almuadas y tu estera...
— Puyón — interrumpe el cura. —
eso es una desvergüenza.
— Ese es el patas safao.
— Cantáte «La Panameña».
De nuebo interbiene el cura:

— En no siendo deshonesta
que cante la que le guste...
Puyón tose, «carraspea»,
y después de tres registros
una su cantada suelta,
en que salen á lucir
los diamantes y las perlas,
el «perjumen» de la dicha,
y las amarguras tiernas.
Terminada la canción,
el cura que está de vena,
levanta la copa en alto
y brinda por la pareja.

***

A las cuatro de la tarde
el matrimonio se marcha
caminito de la gloria,
caminito de su casa.
En tanto junto al fogón
la madre de la muchacha,
al humo que brota denso
arrima la enjuta cara,
y las gotas de su llanto
se evaporan en las brasas.

IX

Trato frustrado

— ¡Upe!
— Pase pendelante.
— Chacalín, ¿está tu tata?
— No, se jué pa la milpiya;
mama es la que está.
— Yamála.
— Siéntese.
— Muy buenos días.
— Muy buenos ¿á quién buscaba?..
Dispense, no se la doy
porque la tengo mojada.
— ¿Aquí vive ñor Colás?
— Sí; pero no está en la casa.
Salió hace poco á la milpa
á ber una confisgada
baquiya que se los mete
casi todas las mañanas.
— ¿Por qué no l'echan al fondo?
— Es que es de mana Bibiana,
y por debitarnos pleitos,
y friegas y patochadas,

Colás prefiere cayáse
y pudríse y aguantála.
— ¿Y ese familiambre es suyo?
— Menos acá que es hijada.
— ¿Es mota la probesita?
— Motica; pero de mama.
El tata bibe en la linia
en un retiro que llaman
Quirricó.
— Yo h'estao allí.
— ¿Qué tal es eso?
— Se gana;
pero hay un calenturiambre,
y un culebrero y un agua...
allí lluebe todo el año;
bibe uno como las ranas.
— Húmese este cigarrito.
— ¿Pa qué se molesta?
— ¡Blasa!
— ¿Qu'es?
— Trete un tisón.
— Estoy á mares, ña Juana,
si salgo al aigre me tuerso.
— ¡Andá trélo vos, pasmada!
— No se moleste, señora,
yo cargo fósferos, grasias...
Pus como l'iba disiendo
á más de eso hay otra baina;
el patrón es un machote
con la cara muy amarga,
y un hablar tan enredao

Instantáneas

Tata por bida suyita,
bamonós...
— ¡Que no, Rosario!
— Bamonós que ya es muy tarde.
— Hasta que tome otro trago;
bos no me mandás á mí.
¡A ber! Sírbanme un guaro,
y un sinco gun dies de breva...
¡Que fregadera, ca...nastos!
¡Apenas serán las dos!
— No, tata, ya son las cuatro.
— Bueno, pus que sian las doses:
acaso yo soy esclabo?
— ¡Hola, ñor José María!
— ¡Calistro!... Benga esa mano!
Por ónde te habís metido?
— En las Pabas, trabajando.
— ¿Y qué tal mana Prudensia?
— Siempre fregada del flato.
Y ahora le han remanesío
unos dolores riumáticos

que la tienen empedida
de la sentura pa bajo...
— ¡Hombré, lo más prensipal!...
— ¡Oh lengua e'confisgao!..
— ¡Ja, ja!
— ¡Ja! Denos dos copas.
¿Querés atoyale, Chayo?
— No, señor, yo nunca bebo.
— Pues échale el sinco en algo.
. . . . . .
¿Te acordás de aqueyas fiestas?
— ¿Las de los Esamparaos?
¡Claro que había de acordarme!
Como que estube baldao
tres meses de una rodilla,
y si no llega el finao
Balentín y me la soba
con riñonada de cabro,
achiote, buñiga, sebo
y el engüento de soldao,
tuabía estaría padesiendo...
— Ese era el patas libiano.
Una bes en un bochinche
me dieron unos planasos;
uno de ellos me alcansó
el cuarto trasero...
— ¿El cuarto?
Pos hombre ¿cuántos tenés?
— ¡Ja, ja!
— ¡Ja! Eche dos tragos.
— Tata, ¡por vida suyita!...

— Chayo, no seas presisao.
— Mire, ñor José María,
ya usté le conose el guaro.
Usté se ba pa su casa
y mama y yo la pagamos.
— ¡Maldita sean los demonios!
¡Andáte con todo el diablo!...
— Yo no me boy sin usté.
— Báyase, yo lo acompaño.
— Bueno, á mí qué; me boy.
Ai queda tata á su cargo...

. . . . . .

— Mirá, llebáte la alforja
y el saco de mais y el diario,
y esa media de rompope
pa tu mama, y ese sacho.
Y no bayás con el cuento
de que estoy emparrandao,
porque si bas, entendélo,
apenas llegue te rajo.
— Buenas tardes.
— Buenas tardes.
— Hasta lueguito Rosario.

. . . . . .

— Hombré, y'ora que me acuerdo...
En esas fiestas que hablamos
me pedistes cuatro pesos ..
— Y te los pagué en el auto.
— Hombré, no me los pagastes;
yo no quiero reclamalos,
y si te los recordaba...

— ¡Por estas cruses!.. ¡ca..nastos!
que te los pagué ese día
en la esquina de ñor Santos.
Bos tal bes no te acordás,
porque estabas rematao;
dos pesos te dí en papeles
y los otros dos en cuatros.
— Hombré, no me los pagastes.
— ¿De modo que te he robao?
— Robao no, yo no digüeso;
que te se jueron por alto.
— Mirá, Calistro, á yo naide
me puede majar el rabo,
porque soy hombre legal
y... más que bos...

(El dependiente andaluz)

— Vamoz, vamoz...
¿A qué ezaz voces, ceñorez?
Amboz zoiz hombrez honradoz,
que aunque estéiz un poco cúzpidez,
no debiéraiz enfadaroz.
— ¿No oyó lo que acá me dijo?...
— Puez hombre, no hacerle cazo;
el hombre ez hombre de veraz
mientraz no ze toma un trago.
— ¡Es que á yo naide me ultraja!..
— Ni á yo ¡patas descarao!
— Más patas será tu mama.
— ¡O la tuya, por si acaso!...

(Riñen)

— ¡Habéiz roto loz criztalez!

— ¡Soltáme!

— ¡No! ¡No te largo!

— ¡¡Policía!!

Fiií... Fiií... Fiií...

. . . . . .

— ¡Se bienen con yo, malcriaos!

— ¡Por este gran sinbergüensa!...

— ¡Calláte, no seas raspao!...

— O se dejan de indirectas

ó les arrempujo el palo.

— ¿De quién era la última orden?

— De su agüela... ¡¡Condenao!!..

La visita del compadre

Tengo por mal de mis culpas
un compadre en la Rivera,
que allá cada cuatro meses
en mi casa se descuelga
con la ahijada, la comadre,
dos sobrinas y la nuera;
y este año se ha permitido
traerme el maestro de la escuela,
y no me trajo el alcalde,
porque no lo hay en la aldea.
Cuando estoy más descuidado
con el repaso de cuentas,
no por cierto de rosario,
sino de sastres y tiendas,
llega Lupe, el mayorcito,
y un papelillo me entrega
que dice así, más ó menos:
« Le mando estas cuatro letras
tan sólo pa notisiale
que nuestra salúd es buena,
quiere Dios, y que el domingo
si El lo quiere iremos á ésa
yo, la mujer, los muchachos,
y tal bez también ñor Mena,

el mestro de la Capilla,
que es hermano de Grabiela,
la que crió al niño Jiorgito;
quizás usté ni a'n se acuerda.
Deseándole que al recibo.»
En fin, etcétera, etcétera.
— Hija, le digo á mi esposa,
entérate de esta esquela.
La leemos, nos miramos
y á duo decimos: «¡Paciencia!»
Llega el dichoso domingo
y con él vienen mis penas.
Entre las cinco y las seis
nuestro calvario comienza.
Tan, tan, tan...
— ¿Quién es?
— ¡Soy yo
compadre!
(Compás de espera
mientras me visto, me lavo
y salgo á abrirles la puerta).
— Buenos días.
— Muy buenos días.
— Dále el bendito, Miquela.
— Um!
— Que le des el bendito.
Dáselo, no seas mátrera
— Bendito, alabao el Santísimo...
Buenos días.
— Así los tenga.
Pero pasen adelante

y toman café, Sotera.
— ¿Pa qué se ba á molestar?
— Ya saben que no es molestia.
Entren con toda confianza...
¡Isidra! la cafetera
y ocho tazas, pero pronto.
— Aspérese, que la leña
amaneció resestida...
Como le quen mil goteras
y es porós.. y á más no hay dulse...
— ¿Cómo que no hay?... ¡buena es esa!
¿Y el atao que compré anoche?
— Juí y se lo comió la perra.
— Lo dejarían en el suelo.
— ¡Adió! en la pura alasena.
— ¿Y cómo pudo subirse?
— Pos talbes con escalera.
— Poco me gustan las bromas
Aquí tiene esa peseta
y vaya donde don Santos
ligero... ¡ya está de vuelta!
— ¿Y cómo va el cafetal?
— ¿Pa qué contale? Si biera...
¿Ya be ese bidro? Pues diga
que tiene mejor cosecha.
Ni a'n un grano cojo este año.
Yo l'hice la deligensia:
le capé el cojoyo á tiempo,
l'hice aporcas y paleas,
le quebré el palito seco,
le despaloté las sepas

y lo aboné con muñiga,
estopa de caña, esétera,
y con lo de la familia,
que todos salen ajuera.
Pos hombre, entre más lo cuido,
más á pior. Bea, pa que bea
ques que entienden por la mala,
y si los yama uno, jesan.
El cuadriyo de la esquina,
ond'hise la chayotera,
ya lo daba por perdío.
Pensé voltiálo pa leña:
¡pos hombre, está hecho un altar!
Me tomara que lo biera;
cada mamón es asina,
cada flor una asusena.
— Aquí está el dulse y el pan.
— Andá ayúdale, Sotera.
— No vaya, no se moleste.
— ¡Adió! déjela que benga.

***

Por fin toman el café
y se marchan á la iglesia,
dejándome el comedor
lleno de chunches y cuechas,
de motetes y de alforjas
y de chuicas... y de friegas.
A las diez ó poco más
ya está el compadre de vuelta

con unas «chapas» de á cuarta,
efecto de la mejenga.
Con un aire misterioso
la comadre se me acerca
y me dice *sotto voce:*
«Ya se atoyó una peseta;
boy á dale en la cosina
un gayo de algo pa mientras;
porque si le biene el hipo
oritíca se le trepa.»
— Voy á pedir el almuerzo...
¡Isidra, ponga la mesa!
— ¿Pongo pa ustedes también?
— Yo estoy invitado afuera;
deles á ellos de almorzar.
La señora se fué á Heredia,
y los chacalines comen
en la casa de la abuela.

***

— Siéntense, dice el compadre.
Todos ocupan la mesa;
yo les hago compañía
y guardo las apariencias,
y de lo que hablo con ellos
va este botón como muestra.
— ¿Isabel al fin se casa?
(Rubores de la doncella).
— ¡Adió! ¡qué ba pa casáse!
Si ese hombresiyo es un pelmas.

Ai no jué y se jué á la linia,
y después de dar mil bueltas
bino cuasi en cuatro patas,
lleno de llagas y friegas?
Tiene la cara escurrída
com'una bejiga seca,
los brasos comu'hebras d'hilo,
y asina hinchadas las piernas.
Yo bastante se lo dije,
pero él metió la cabesa.
— ¿Pa qué es eso cuando bos
le aconsejastes que juera?
— Mirá no seas hocicona,
y pensá algo en la consensia;
aquí no arañaba un sinco.
— ¿Y trujo muchos de ajuera?
— Nada trujo, no digüeso,
pero hiso la deligensia;
y'hiso bien, que pa casase
tenía que haséla por juersa.
Y'hora no es como aquel tiempo
en que bastaba una estera
y los síses de los nobios
y el diacuatro de la iglesia.
Hora es distinta la cosa;
y el que se casa se arriesga...
Cuando acá y yo los casamos,
los dieron una ternera,
dos quintales de café,
tres bejigas de manteca.
El difunto Baltasar,

que Dios en su gloria tenga,
á más de dáme dos onsas,
me dió una molida entera;
el tata de acá un potranco,
la mama un chorro de leña,
y el padrino la camiya,
dos taburetes, la mesa;
hermano un espejo asina...
y tata costió la fiesta.
— Debió estar lo más rumbosa.
— Caramba, pus pa que bea:
duró la noche y el día,
los comimos la ternera
yun chompipe yun chanchiyo,
y no sé cuantas cajuelas
de frijoles y de papas,
y de arroses y de alberjas.
Los bebimos un barril
de chinchiví con piñuela,
y entre cususa y rompope
como cuarenta limetas.
Yo ya casi ni a'n me acuerdo.
— ¡Si tenías una mejenga!...
— ¿Y bos con qué boca hablás?
¿Pa qué bentiás esa lengua?
Si sos tan mujer contá
lo qu'hisistes en la estera.
— Ningún cristiano está safo
de cualesquier contigensia.
— Di una no digo que no;
¿pero de dos? ¡poca pena!

XII

La Ley del Embudo

La ley estira ó encoje
según á quien se le aplica.
Eso pasa en todas partes,
pero más en Costa Rica.

De *lanas conchas* y *conchos*
la *taquilla* (1) está repleta.
Varios con un dominó
se disputan la honda pena
de pagar á los que ganan
los *guaros ú lo que juegan*.
En un rincón dos *jumaos*,
prototipos de *goteras*
sobre el estado ruinoso
de sus bolsillos conversan,
echándose cara á cara,
alientos, no de verbenas
ni de rosas, sino de algo
que á mis acreedores diera
cada vez que con sus cobros
acribillan mi pobreza.
Por allá, un viejo dormido

(1) Aguardentería.

(exhibo esta erudición
por ilustrar á la prensa),
vigila á los dependientes
en tanto guarda la venta
en las entrañas de roble
de su ferrada gaveta.
De cuando en vez algún lana
arma con otro pendencia.
El policial de la esquina
al momento se presenta
y pone en paz á los *cides*
ó del brazo se los lleva
« por el florido camino »
que conduce hacia la Agencia
do ejerce de Padre Eterno
don Goyo, tras una mesa.
Por muchas horas la zambra
prosigue de esa manera;
entre titirreos de copas
y restallar de botellas;
entre palabras de ágeme,
entre frasecitas tiernas,
que á unos les da por las malas
y á otros les da por las buenas
y no hay tres que tengan nunca
su guaro de igual manera.
De pronto suenan las dos:
los dependientes comienzan
á despedir los marchantes:
« *Acuerdensén* que los friegan;
reparen al *polesía*

sobre unos sacos, se sueña
con Matinas de aguardiénte
y San Carlos de cerveza.
Una tusona muy guapa
que del mismo modo ofrenda
en los altares de Baco
que en los de Venus, se empeña,
en que conozca su templo
un concho de buena cepa,
de los de pita quiteño
de los de faja de seda,
de los de alforjas de cuero,
reló de plata y *cruzeta*.
Sentados en una banca
tres músicos de la legua
repican un zapateado
con guitarras y vihuela.
Frente á ellos un borrachillo,
con todas las faldas fuera,
baila, si bailar se llama
hacer con los pies etcéteras,
acompañándose de hipos
á falta de castañetas
y embadurnando de mocos
las mangas de la chaqueta;
porque en el pañuelo guarda
el pan que á la casa lleva.
El dueño de la bayuca,
es decir de la taberna,
entre nosotros taquilla,
guarería en Venezuela,

(exhibo esta erudición
por ilustrar á la prensa),
vigila á los dependientes
en tanto guarda la venta
en las entrañas de roble
de su ferrada gaveta.
De cuando en vez algún lana
arma con otro pendencia.
El policial de la esquina
al momento se presenta
y pone en paz á los *cides*
ó del brazo se los lleva
« por el florido camino »
que conduce hacia la Agencia
do ejerce de Padre Eterno
don Goyo, tras una mesa.
Por muchas horas la zambra
prosigue de esa manera;
entre titirreos de copas
y restallar de botellas;
entre palabras de ágeme,
entre frasecitas tiernas,
que á unos les da por las malas
y á otros les da por las buenas
y no hay tres que tengan nunca
su guaro de igual manera.
De pronto suenan las dos:
los dependientes comienzan
á despedir los marchantes:
« *Acuerdensén* que los friegan;
reparen al *polesta*

los ojasos que los pela.
Yo soy quien pago los patos,
dice el dueño, si se quedan
porque á mí me tiene *tirria*
y es que le negué una media
y unos puros que me vino
á pedir de moroleca.
— ¡De morolica, será!
— Bueno, sea de lo que sea.
El caso es que se las *chiflan*
ó ese mantudo me *friega*. »
Y ya por bien ó empujados
van despejando la escena,
y salen las buenas gentes
por las mal cerradas puertas,
con sus alforjas los unos
los otros con sus esteras,
motetes, palas, canastos,
cuchillos, planchas, etcétera,
y cuando ya los descalzos
dejan la casa desierta,
y viendo la ley cumplida
el polizonte se aleja,
por un pasillo escusado
nos colamos los de leva
y *sotto voce* decimos,
mojándola esta cuarteta:
« La ley estira ó encoje
según á quien se le aplica.
Esto pasa en todas partes,
pero más en Costa Rica ».

y dos garrafas de guaro
y dando todas las bueltas,
acaba de notisiáme. »
— « ¡Dios en su gloria lo tenga!
¡Dichoso él que descansó;
Pilar es la que se friega!
Probesiya, si Dios quiere
voy este domingo á bela. »
Y he benido aprovechando
que Roque traíba carreta,
porque yo á pata, imposible!
¡bea cómo tengo la pierna!
— ¡Hijo de Dios, qué'jlusión!...
parese una gusanera...
— Disen que qués hormigillo.
— Dios me la guarde que juera.
Deso murió Baltasara
l'hija de ñor Chico Mena.
— ¡Es un mal muy confisgao!
— Y és que disen que se pega.
— Así disen, pero eso es cuento.
Carcule cómo estuvieran
ya las muchachas de casa,
que me flotan y m'asean.
— ¿Y con qué se está curando?
— Ora con hojas de reina
cosidas en agua é malba,
y diay fritas en manteca.
— ¿No ha pròbao con el tapate?
— Sí, probé; pèro si biera
que en bes de sentir alibio

se me requintó la pierna.
Bolbiendo á Gaspar: ¿qué jué eso
de esa muerte tan ligera?
— Pos hay no bé; jué una cosa
de disir y haser la mesma;
el lunes bajó á la Biya
á llebar un pocue leña;
el martes remanesió
con dolor en la cabesa
y con la pansa perdía:
¡jué beinte beses á juera!
Llamamos á mano Lino:
le desaminó la lengua,
y le aplicó un bebediso
de juanilama y canela,
y cataplasmas de ruda
con injuudia y yerbabuena;
pero nadita l'iso eso
y siguió en la salidera;
y usté puja, y puja, y puja,
y usté se queja, y se queja.
Aclarando me llamó:
— «Desíle á Lino que buelba;
si sigo así como boy,
me las mando abrir destecha;
ya cuasi no tengo pulsos,
y siento una fregadera
que no sé si son los óidos
ó si será la cabesa!
Es un ruidal muy estraño,
como á moda de carretas,

ó de cresiente de río...
Una maroma tan fea!...»
Yegó Lino y lo sobó,
y por pocos se los queda;
se puso á sudar jelao,
boltió los pieses pa juera
y se le paró la bista;
se le pintaron ojeras,
y un barbiquejo de á cuarta
de la boca á las orejas.
A palitos nos jayamos
pa conseguir que bolbiera.
Apenas bolbió los dijo:
— «Traiganmén al Padre Piedra
porque quiero confesáme...
Esto que tengo es cangrena!»
A las doses llegó el Padre
y los despachó pa juera;
lo confesó, y al salir
los dijo: «alisten la mesa,
horita traigo á Nuestro Amo...
¡Gaspar se las chifla desta!»
Juimos á cortar uruca
pa la bentana y la puerta.
Cogimos unas pastoras
y saucos y flor de reina:
y con un poco de manta
que los prestó mana Chepa,
arreglamos bien la cuja
y compusimos la mesa.
Resibió el Señor, y á poco

le entró una deliradera ..
á beses era con yo,
otras beses con la perra,
con la milpa, con los güeyes,
con el Padre, con la yegua.
Perdido era cobijálo;
daba güeltas y más güeltas,
ya yoraba, ya se ría
ó ya se botaba juera,
y los costaba un sentido
echalo en la tijereta.
¡Lo que era hablar, imposible!
No manijaba la lengua;
hacía unos enredos como
los que hasen las loras nuebas.
«¿Qué querés?» le preguntaban.
El boltiaba la cabesa,
los ispiaba, pero nada:
no desía lo que quisiera.
«¿Talbés desiará café?»
Tráibamos la cafetera...
«Ah, señor, si será pan?»
le tráibamos pan, la mesma!
«Talbés tenga sé de guaro?»
le arrimamos la limeta
y se atoyó como el tanto
de un quinse, y á la carrera.
A las dies le bino un hipo,
yiso una gran deligensia,
y estubo hipo, hipo, hipo
como hasta las onse y media.

Después comensó á boquiar:
le prendimos la candela,
y tata lo encaminó
resándole una tresena.
Al puro *tan* de las doses
bolbió á manijar la lengua,
soltó un quejido muy largo,
dijo unas palabras feas,
se pegó dos estirones,
sacó la pansa pa juera,
boltió los ojos en blanco,
yiso como cuatro muecas...
¡Idiay se quedó dijunto!...
— ¡Dios en su gloria lo tenga!
¿Mano Lino no le ha dicho
la clasia de mal que juera?
— Sí, dise que jué un empacho:
lo que llaman doble presa,
quimposible quel ombligo
sin rompese resistiera.
Paresía un dedal de sastre,
daba lástima de beras;
tamaño puyón asina,
morao como berenjena;
se liba á ratos pa dentro
á ratos salía pa juera.
Lino lo desasusió
apenas bido la lengua,
y sólo por un *quien quita*
jué que liso deligensias.
— ¿Y cómo se las compuso

pal entierro y pa la bela?
— Por suerte mano Pastor
costió todo de su cuenta,
y me mandó dos mudadas
pa yo, y una á Jilomena.
Yademás tata me ha dao
tres carretadas de leña;
y dise que los rosarios
y el nobenario costea;
y quen después que se acaben
á San Isidro me buelba.
Que ¿qué hago aquí sin Gaspar?
que lo que tengo lo benda.
— Su tata tiene rasón,
délo por lo que le ofrescan.
Una bes quel se regrese,
íngrima y sola se queda
pa que se la jarten todos
los que tienen mala lengua
Adios!
— ¡Adios, muchas grasias
— Oigo sonar la carreta.
Mérquele con esos riales
un reboso á Jilomena.
— ¿Pa qué se ba á molestar?...
— Tengo gusto, no es molestia.
— Lespero pal nobenario.
— Yo no puedo por mi pierna;
pero bendrán las muchachas.
— Achará que usté no pueda
porque ba á estar muy alegre

Tata mercó una ternera
y tres garrafas de guaro
y seis frascos de mistela,
ya demás ha contratao
cuatro músicos de Heredia;
y pa los misterios tiene
cuetes de luz y bombetas.
Ya usté le conose el genio...
¡Cuando se raja es de beras!

Al mercado

Luciendo el cuerpecito
que Dios le ha dado,
su boquita de grana,
sus ojos pardos,
y su talle flexible,
sus pies enanos,
va la bella Carmela,
la del Naranjo,
con su limpia canasta
colgada al brazo,
á comprar las verduras
en el *mercao*.
— ¿A como da los güebos?
— A onse por cuatro.
— ¡Ave María Purísima!
Están muy caros.
— Son de gayinas finas.
— No son pa echalos.
— Pa comer tengo á dose.
— ¡Is! que libianos!
¿Donde juntó ese nido?

— No son juntaos.
Quiebre uno, si está güeio
se lo regalo.
— Grasias, me gustan frescos
y no pasados.
Y terciando el rebozo
con sumo garbo,
en busca de otro puesto
dirige el paso.
— ¿Qué le bendo cholita?
— ¿Qué quiere encanto?
— ¡Mire que seboyitas,
espí qué nabos!
— Repare los tomates;
á coloraos
solamente su boca
puede igualarlos!
— ¿Quiere quelites frescos?
— Están mayaos.
— ¡Mayada estará su agüela!
— ¡Viejo malcriao!
— Negrita: ¿qué me merca?
¿Quiere pescado,
ó coquitos?
— No gracias,
porque me empacho.
— ¡Al peje! Al pejesito!
¡Al bacalao!
— ¡Ostiones!
— ¡Caña fístol
pal costipao!

— Mire que marfilito
de puro cacho!
— ¿Piensa que tengo piojos?...
— ¿Y este rosario?
Lo bendijo San Pedro.
— ¿Pedro Nolasco?
— ¿Sabe que usté es muy linda?...
— ¿Deberas, ñato?
— Fíjese en el babiambre
que estoy chorriando.
— Achará, no lo pierda,
y engorde un chancho.
— ¡Ja, ja, ja, ja! Gabino
te han amolao!
— ¡Bolbé el otro cachete!
— ¡Seguí de gayo!
— ¡Guardáme la manteca
y el espinaso!
— ¡Para yo las pisuñas!
— ¡Para yo el rabo!
— ¿Pa las mamas de ustedes,
ques lo que guardo?
. . . . . .
— ¡Queso de mantequiya
bueno y barato!
— ¡Vea que dieses, señora
paresen cuatros!
— ¡Al tiquisquíto fresco!
— ¿No lleva plátanos?
— Biscocho de Nicoya!
— Naranjas!

— Mangos!
— Ya mañana se juega!
¿Quién quiere un cuarto?
Los beinte mil colones
tengo en la mano.
Linda, ¿por qué no prueba?...
— Si ya he probao...
y soy más retorcida
que un garabato!
— Pero quien quita un quite!
— Deme uno bajo.
— ¿Le gustaría el sesenta
ó el siento cuatro?
— Corte uno cualesquiera;
todos son majos!

. . . . . .

Y pasada media hora
deja el *mercao*,
y luciendo lás gracias
que Dios le ha dado,
va la bella Carmela,
la del Naranjo,
con su cesto repleto
colgando al brazo,
camino de su casa,
calle del Rastro,
número setecientos
noventa y cuatro.

XVI

Mercando leña

— ¡Hola, ñor José María!
Traiga la leña pa bela.
¿Cuánto cobra?
— Sinco pesos.
— ¡Abe María grasia plena!
¡Los tres dulsísimos nombres!
— Deje la jesuseadéra;
yo pido lo que yo quiero
y usté ofrese lo que ofresca,
que usté manija su plata
y yo manijo mi leña,
y no hemos de disgustalos
por cuestiones de pesetas.
Eso sí, quiero disirle
que repare en la carreta,
y que espí si está cargada
con consensia ó sin consensia.
Si le cabe un palo más
me lo raja en la cabesa.
Yo soy un hombre legal,
feo desilo; pero bea,

á yo naide me asariao
hasta l'ora por mi leña.
Esta es quisarrá amariyo,
laurel y madera negra:
de jierro pa consumise,
y pa prendese de yesca.
Con una leñita asina
se lusen las cosineras.
— Sí, pero está muy menuda;
tres pesos le doy por ella.
— Por cuatro se la baseo.
— Si quiere los tres, baséla.
— Se la pongo en tres con seis,
nada más que pa que bea
que yo sí quiero tratar.
— No mejoro la propuesta.
Acuérdese q'ués berano
y que anda dunda la leña.
¿Sabe en cuanto compró dos
carretadas ña Manuela,
la mujer que bibe ayí
onde está echada la perra?
¡En sinco pesos!
— ¡Caramba!
de fijo que era de serca.
Tal vez jocote ó güitite?
— Que va pa güitite!... Buena:
juaquiñiquil y targuá...
— Puede ser que asina sea.
Mas volviendo á nuestro trato
se la largo en tres cuarenta.

— Los tres pesos que le dije.
— Arrímeles la peseta
y tratamos.
— Ni un sentavo.
— ¿Donde le boto la leña?
— ¡Abríte el portón, Jacinta!
— ¡Está con yabe, ña Chepa!
— Aspérese, boy ábrile.
— Gui! Güey biejo sinvergüensa!
¡Confisgao tan pachorrudo!
Guí, guí. ¡Jesa, jesa, jesa!
— Entrela en brasaos pequeños
pa librar la chayotera.
Coja por este saguán
y d'ay crusa á la derecha,
y en el rincón de l'esquina
me l'acomoda en estebas
de modo que deje paso
al común.
— ¿Sí? ¿De deberas?
¿Con que quiere de remache
que le meta yo la leña?
y que d'iay se la acomode,
y que ha de ser de manera
que dé paso á la letrina?
Dígame, señora Chepa:
¿no le gusta más pelada
y olorosa á yerbagüena,
y con lasos en las puntas,
y aspergiada de canela,
y que además le regale

como á moda de una feria,
el chonete, los güeisillos,
los calsones, la carreta,
y este chuso, y esta faja,
ya la sonta de miagüela?
— ¡Qué hombresiyo tan malcriao!
Cargue pronto con su leña!...
— No! si la boy á dejar
pa que la queme de muestra!...
¡Que me alse el Patas el día
que güelba á tratar con biejas!

Un "hermano"

XVII

Bajo un mango corpulento
y tendidos en la yerba,
junto á los bueyes que, echados,
perezosamente cenan,
están varios carreteros
al rededor de una hoguera,
que olla de hierro corona,
montada sobre unas piedras,
y dentro la cual retozan,
en el caldo que espumea,
ya las papas esponjadas,
ya el dominico de seda,
la blanca yuca de nieve,
la carne de rojas hebras:
el tiquisque delicado
asoma su faz morena,
ó se presenta el ayote
en forma de barquichuela
y con la cara encendida,
que está muerto de vergüenza,
por ser primo del zapayo

que es la verdura más fea.
El chayote su espinosa
y verde capota ostenta,
entre raíces y ñames,
camotes y berengenas.
De cuando en cuando se asoman
algunas palabras feas;
es decir, que varios ajos
suelen sacar la cabeza;
y todo ello confundido
en una igualdad perfecta,
en que todo sabe á todo
y huele de igual manera:
especie de democracia
que sus doctrinas condensa
dentro de la olla de fierro
que sobre robustas piedras,
al beso de alegres llamas
canta, llora, burbujea,
vigilada por los mozos
que de bruces en la yerba,
aguardan pacientemente
que se cocine la cena.
Algunas tortillas fiambres
que han adquirido dureza
junto á los tres tinamastes
que hacen escolta á la hoguera,
son retiradas, pues Marcos
dice que « le olen » á buenas,
y « quél, pél » está seguro
que está cocida la cena.

Con dos sacos de gangoche
quitan la olla, y se la llevan
á la orilla de un arroyo
que corre por allí cerca.
Después arriman los yugos
y muy alegres se sientan;
dan dos besos cariñosos
á sus cholas, las botellas,
que en el amplio vientre guardan
el contrabando ó el *nétar*,
con que el Supremo Gobierno
explota al par que envenena.
— Echáte un cuento, Milquiades.
— Go una historia berdadera.
— Que les cuente Sinforoso
la que le pasó en Atenas.
— ¡Qué lo cuente!
— Sí, ¡contálo!
— Miren qué cosa tan fea:
hará tres años descasos
que me hablaron en Heredia
pa ber si jalaba un flete
pal puerto de Puntarenas.
Yo puse mis condisiones,
y después de algunas pegas
entre si tanto, si cuanto,
conbenimos en lo qu'era.
Ya esos güeyes eran míos,
pero no tenía carreta.
Los Arcias me consiguieron
la que jué de Chico Cerdas.

Salimos como á las doses,
sestiamos en Alajuela;
al yegar á Los Horcones
ya estaba la luna puesta,
y resolbimos quedálos
pa que los güeyes comieran.
— Muchachos, — dijo Damián —
mientras se cuese la cena
¿por qué no bal'guno á trése
un trago de guaro Atenas?
— Yo boy — le dije.
— Está bueno.
— Tréme un diacuatro de breba.
— A mí dos riales de puros.
— Pa yo una bara de mecha.
Me puse la alforja al hombro
y descolgué una linterna,
y me tersié á la sintura,
por si acaso, la cruseta.
Después de dále á los caites,
entré por último á Atenas,
merqué todos los encargos;
y biniendo ya de buelta,
comencé á sentir un tufo
como á la moda de mecha:
un tufo que no sesaba
por más y más que andubiera.
Me entró sierto reseliyo;
pero boltié la cabesa
y nada bí, sólo el humo
que dejaba la linterna.

De pronto se oyó un chirrido,
me puse á parar la oreja
y bide que en el camino
sola andaba una carreta,
sin ninguno que la guiara,
y sin gueyes ni compuertas,
y en el centro, en un ataúl,
el cuerpo de Chico Serdas.
Eché mano á la cutacha
y me amparé de la serca,
yise como cuatro cruces,
por supuesto con l'izquierda.
— « Hermano, — me dijo Chico —
yo debo algunas promesas... »
A mí se me jué el resueyo,
me se aflojaron las piernas,
me susedió una desgrasia,
me se adormesió la lengua,
me encomendé á los tres Dulses
y á la virgen Margalena,
y le dije como pude:
— « Decí... lo... que... te... se .. ofresca! .. »
Se sentó dentro el ataúl.
(Caramba, qué pestilencia:
jedor á recién casada,
ó como á letrina vieja,
ó como á güebos podridos,
ó como á nido de perra).
— « Le debo — dijo el dijunto,
después de haser uñas muecas: —
le debo á Concho Paniagua

tres pesos de una rialera;
á mano Froilán, seis reales;
á San Roque, una novena;
á Chico Antillón, dos pesos
de un *muerto* que alcé en su mesa.
Desíles á las muchachas
que á bos te doy la ternera
y el almario, con el baul
y mi cama y mi cruseta».
Después se despareció
el pantasma y la carreta.
A yo me hayaron trabao
á la oriya de la serca.
Estube dundo de biaje
más de una semana entera.
Iba andar y no podía,
iba explicáme y la mesma;
hasta que mano Froiliano
me aconsejó que me juera
á contále al Padre Chico.
Be por Se la contigensia.
Me llebaron; le conté,
y se puso hecho una fiera;
sólo le faltó mentáme
la mama dentro la iglesia;
me puso como un petate,
enainitícas me pega,
y me yamó fariseo,
mentiroso y poca pena.
¡Pero hombré! Al rato y'estaba
sano de pieses y lengua.

— ¡Ese jué milagro grande!
— ¡Un milagro de deberas!
— ¿Y los puros?
— ¡Pero ni uno!
— ¡Y la cususa!
— ¡Ni señas!
— ¿Se la atoyaría el dijunto?
— ¡Puede ser que asina juera!
— ¡Ja! ¡ja! ¡Ja!
— ¿De que te rís?...
— Estoy pensando en la mecha;
¿la mecha sí pareció?
— ¡Sin que le faltara una hebra!
— ¿Pa qué te la dejaría?
— Yo me figuro que juera
pa enrrollásela en el güecho
á la sonta de tu agüela!

La firmita

EN PROPAGANDA POLÍTICA

— Mirá, por bida tuyita,
no fregués, que no é de dála,
así me la pida el Rey
ó el mismisísimo Papa.
— Pero, hombre, reflesioná,
¿No sos hijo de esta patria?
¿Onde demonios nasiste?
¿Onde nasieron tus tatas?
— ¡Aquí!... también mis agüelos
y sus padres y sus mamas,
y las mamas y los padres
de sus tatararatátas;
y hasta Adán, si bos querés,
pero no la doy, carásta!
— ¿Bos sos hombre, Masimino?
ó desí lo que te falta.
¿No echamos todos la firma?
¡Porqué no habís bos de echala!
— Porque no quiero, entendés?

porque no me da la gana.
Bos bien sabés que á los perros
una sola vez los capan.
En tiempos de don Rafel
yegaron dos palanganas,
me trujeron unas hojas
y me dieron unas cartas
de fulano y perengano,
de sutanejo y sutana;
« Usté que es hombre patriota,
usté que es persona franca,
usté que todos lo quieren,
usté que todos lo alaban,
usté que tal y tal cosa,
usté que tantas y tantas,
y que ha sido mayordomo
y tesorero de fábrica,
y alcalde un chorro de beses
y Juez de Paz de Pacaca... »
y seguían catorse eséteras,
hasta llamame palanca.
¿Pos sabés tras que binieron
con su puño de alabansias?...
Adiviná si sos hombre!
No éra tras yo, tras la casa
pa Clu. ¿Qué salí ganando?...
Como mil pesos en plata,
un chorro de bidrios menos,
como tres mesas quebradas;
y á ocho bancas que presté
n'ué buelto á beles la cara;

y no cuento potrerajes
de las bestias que me echaban,
ni las jumas que ponía,
ni las gomas que quitaba.
Y usté hase biajes á Heredia,
y usté sale á Santa Bárbara,
y usté se las manda abrir
al Barrial ó á la Pitaya:
ya pa l'Alajuela ó l'Uruca
ó á la punta de la trampa.
Y usté aguante malos modos,
y usté aguante pachotadas
de todos los sebilistas,
qu'eran la gente malcriada.
Aquí te pongo un letrero,
allí te pinta una cara
con dos orejas de burro
y abajo su malacriansa.
Ya te desían « tal por cual, »
cuando no te la mentaban.
Hasta el Cura, con ser Cura,
con indiretas andaba.
Pos bueno, pasó la cosa;
se salieron con sus ganas,
y otra ves los encajaron
á don Rafel en las ancas.
Unque bebiendo castor,
le dimos á Dios las grasias
de que pusiera remedio
á tantísimas jodarrias.
Yo dije: ya descansamos!

Pos mirá lo que faltaba:
yegaron dos polesías,
me registraron la casa,
y no dejaron ni un cofre
sin lebantale la tapa;
ya andaban en los armarios,
ya debajo de las camas;
ispiaron en la letrina,
me desnudaron la Santa,
y si no es que la Jelipa,
con el chingo, se les para,
quién sabe si no se atreben
á lebantále las naguas.
Así que se dieron gusto,
y me quitaron en plata
como onse onsas y un billete
que tenía de Nicaragua,
me llevaron al Cuartel,
m'iatoyaron á una sala
onde había dose mancuernas
de endibiduos de mi causa.
Después de hasélos jurar
y dalós unas trapiadas,
en que pusieron cual chuicas
agüélos, padres y mamas,
los preguntaron el sitio
onde teníamos las armas.
Todos contestamos: «¿Cuáles?...»
Hombré, por poco los matan:
sacaron á medio patio
ocho soldaos y una banca,

y ba de boltiar cristianos,
y ba de boláles bara.
Y todo el que iban alsando
su poso de miaos dejaba.
No creás que's por alabame.
¡ si vos me bieras las nalgas!...
« A mí no me andés con cuentos,
¿desime onde están las armas?
ó te ajusilo, ¡canastos! »
el cabo los preguntaba.
Yo me ponía helao de l'ira,
y los óidos me sonaban;
pero como no podía,
así amarrao como estaba
agarralo del pescueso,
ó extrangulale la pansa,
me conformé con disile,
una vez: « Mirá qué rabia!
¿Quiere saber onde están?...
pregúnteselo á su mama ».
¿Habís bisto el Día del Juicio?
Pos yo lo bide ¡carástas!
Con sólo eseisión de tiros
cuanto tenían me tiraban:
andube sobre las mesas,
andube bajo las bancas;
ya me daban con las manos,
ya me arriaban con las patas.
Hasta que me fuí de mí
me llevaron á la sala.
Estube como tres días

sin sentidos y sin habla.
Cuando me recuperé
tenía esta mano quebrada,
y esta nube en el izquierdo,
y esta pelota en la pata,
y me faltaban los dientes
que no tengo en las quijadas.
Y estube sin ber un puro
lo menos cuatro semanas;
y sin mascar una cuecha
quién sabe cuánto, caramba!
Lo que era la comidiya
l'asían una sarabanda
con la pura bayoneta,
lo boltiaban y boltiaban,
y se comían lo mejor,
y el chillate los mandaban,
y los ponían por pretesto
que buscaban unas cartas.
¡Cartas en la sopa? ¡Chanchos!
En el infierno se l'aigan.
Apenas los dieron suelta,
me arrebataron tersianas,
y estube cuasi tres meses,
de día de por medio, en cama.
Un sinco, con ser un sinco,
por mi vida naide daba.
Si nu'es don Juan, que en la gloria
lo tenga Dios, no contara
á l'ora de ora este cuento.
— ¡Ese era dautor, carachas!

— ¿Querés que te hable más claro?
— Tenés razón y te basta:
no se la dés ni al Obispo.
—Hombré, pos había de dásela.
Si hubiera guerra, se entiende,
ó se bebe ó se derrama,
que allí todos defendemos
familias, sercos y casas;
pero entre los mesmos, hombre,
no le miro yo la grasia.
Dejémole á los que saben
y se han quemao las pestañas,
un día con otro, en l'escuela,
noche, tras noche en la casa,
que busquen entr'ellos quien
mande, si bien los manda;
y que carguen con sus cluses,
con sus hojas y parrandas.
Y si los'otros queremos
de deberas á la Patria,
escribamos con el sacho,
discursiemos con la pala,
porque el día que los metamos
nosotros á legislala,
se muere di'hambre la gente:
la lebuda y la descalsa.

. . . . . .

A mí pídamen la bida,
pero la firma!... ¡Mirala!...

Pascuala

Al circular la noticia
de la muerte de Pascuala,
todas las niñas del *toma*
ó mejor, del *toma* y *daca*,
como enjambre de palomas
acudieron á su casa.
Allí: la Pico, la Guecha,
la siete Cueros, la Pata,
la Olote, la Poca Pena,
la Cuatro Reales, la Sarna,
la Bongo, la Sinvergüenza,
la Puerto Libre, la Plasta,
en fin, la plana mayor,
del barrio de la algazara,
vulgo *la Puebla*, se dieron
cita al redor de la cama
donde yacía la *dijunta*
en mar de sangre bañada.
— ¿Cómo jué eso, Pelegrina?
— ¿Cómo pasó la desgrasia?
— ¿Tardó mucho pa morirse?

— ¿Donde jué la puñalada?
— ¿No trató de defenderse?
— ¿No?...
— ¡Se callan ó no se callan!
¿Cómo quieren que les cuente
si todas al tiempo me hablan?
— Tenés rasón.
— ¡Por supuesto!
dijeron todas las damas.
Después de toser dos veces,
así habló la interrogada:
— Tomarían ser, más ó menos
las sinco, mas bien pasadas,
cuando llegó «Cocobola»
con otros á la bentana
y llamaron á Jasinto;
yo me lebanté descalsa
pa saber lo que querían
y me contestó Retana:
«Desímele que se bista,
que anoche murió en las Pabas
Casildo y el hijo mayor
del mestro Sirilo Araya;
que el ataul se lo aflojaron
onde los Roig y los manda
á pedir que beamos como
hacemos pa la mortaja;
que está de biaje chonete
lo que se llama en las latas,
que un sinco, con ser un sinco,
no le arrelumbra en la casa.»

Se lo dije, se bistió,
y sin labase la cara
ni tomar café, se puso
con los otros á la marcha.
A medio día regresó
con una soca endiablada,
mas colorao que un tomate
y con la bista muy gacha.
Ya le conosen el guaro.
Dijo á desir pachotadas;
le serbimos el almuerso,
me rebentó la cuchara,
disiendo, que estaba susia,
(el mismo me bió labala).
De pronto le dió un repente
y la emprendió con Pascuala,
(sin desir tusa ni musa
como hora la ben estaba).
La puso como un petate
como le dió su rial gana
y no contento con eso,
y con mentale la mama,
la arrebató de las mechas,
la rebentó en esa banca,
y usté le buela moquetes
y usté le buela patadas.
Biendo que l'iba á matar
según á como le arriaba,
jui y llamé la polesía
pa ber si lo sosegaban,
y me encontré, por jortuna

con el sargento Quesada
y con otro, uno bajiyo
que tiene un quite en la cara.
— ¿Con Sirilo?
— Con Sirilo.
Y con Ustaquio Carransa,
el dueño de la taquiya
que yaman: «La Buena Fama».
Cuando yegamos los cuatro,
encontramos á Pascuala
patas arriba en el suelo
con una gran puñalada,
que le corría del ombligo
(Dios los guarde) hasta la nalga.
— ¡Pobresita!...
— ¡Qué bandido!
— ¿Y Jasinto?
— ¡Como nada!
Se dejó echar las esposas
y dijo: «Esta confisgada
tenía que morir asina
por sinbergüensa y por mala.»
Yo corrí á yamar al Padre,
y bino con una caja;
pero, ya cuando yegamos
solamente pataliaba,
y á poco, tras desagüase,
pegó la última boquiada.
Siempre le untó una cosita
y le dijo unas palabras.
— ¡Pobresiya!

— ¡Pobre de él!
¡Y dichosa de Pascuala
que ya le yegó el descanso!;
para Jasinto es la baina.
— Si habrá cosa pior que el guaro!
— Según quien le bebe, Plasta;
yo tube que ber con Tolas,
que lo menos se atoyaba
botiya y media en el día
y no le resiento nada.
También si se toma mucho
sucede como con l'agua:
te bebés un jarro, bueno
andá arriate una tinaja!...
— Yo creo que ba en los indóles.
— Pos eso está claro, Sarna:
el guaro es como las mulas
que á según el que las haga,
salen de paso ó de trote
corcobiadoras ó mansas.

MISCELÁNEA

¡Madre mía!

Cuando la melancolía
cava más hondo en mi duelo
torno los ojos al cielo
y en ti pienso, ¡madre mía!

Desventurado sería
sin tu recuerdo halagüeño.
¡Que feliz soy cuando sueño
que estás viva, madre mía!

En tu seno me dormía
como en regalado nido:
muerta tú, nunca he podido
dormir así, ¡madre mía!

Aun siento lo que sentía
cuando me enseñaste á orar,
que jamás podré olvidar
tus plegarias, ¡madre mía!

Es tu nombre melodía
para mi alma atribulada:
dulce sombra, sombra amada
adorable ¡madre mía!

Dáme un rayo de alegría
que ilumine mi quebranto.
¡Lloro tanto, lloro tanto!
por tu ausencia, ¡madre mía!

Con un ramo cada día,
de modestas margaritas,
voy á ti, como á las citas
los amantes, ¡madre mía!

Pero crece mi agonía
al visitarte: te llamo
y estás sorda á mi reclamo,
estás muerta, ¡madre mía!

Dile á Dios que mi alma fía
en su bondad soberana.
¡Cuando llegará el mañana
que nos junte, ¡madre mía!

Teodora

Vagando por la pradera,
pensativa y silenciosa,
va cortando adormidera,
Teodora la más graciosa
muchacha de La Rivera.

Herida por el engaño
pone en olvidar empeño
y piensa que en el beleño
hallará alivio su daño,
borrando un sueño otro sueño.

Pobre niña que aun ignora
de la vida los rigores
y cree que es buena doctora,
para dolencia de amores,
la bella y fecunda Flora.

Una inquieta mariposa,
que de la una en la otra rosa
revolando se regala,
paró el vuelo y cariñosa,
así dijo á la zagala:

«No marchites tu hermosura
ni tu cándida frescura,
entregándote al dolor;
cambia en risa tu amargura,
que un amor borra otro amor.

Toma ejemplo de mi vida.
¿La quieres más halagada?...
Ya lo ves, niña querida,
de las aves soy mimada,
de las flores preferida.

Mas yo el vuelo no recojo
ni en el crespo seno rojo
de la rosa peregrina,
ni el clavel mi amor domina:
vivo libre y á mi antojo.»

Así dijo la traidora,
la voluble brilladora,
y temblando la besó.
De los labios de Teodora
miel y aromas recogió.

La Envidia

Monstruo, amalgama de reptil y hiena
su hálito inmundo cuanto roza, daña:
el bien ajeno su contento empaña,
el mal, por el contrario, la enajena.

De furor y despecho siempre llena,
en hiel anega su existencia huraña;
toma á sí misma su enconosa saña
y con su propio virus se envenena.

Serpiente que maldice de la estrella
y que en lo noble su colmillo clava
y cuanto es puro con calumnia sella,

De su propia ruindad, mísera esclava,
furente corre por la blanca huella
dejando un rastro de asquerosa baba.

D.ª Julia Alvarez de Núñez

En cada desgraciado ve un hermano
su noble corazón, y cariñosa
prodiga sus mercedes, generosa,
como sus dulces frutas el manzano.

Nadie á sus puertas ha llamado en vano
sin que ella acuda alegre y presurosa
con la ofrenda pedida, y bondadosa
tienda al menesteroso franca mano.

Un sendero de luz marca su huella;
todas sus obras la modestia sella;
á su influjo se ahuyentan los dolores.

De nuestro cielo azul es limpia estrella
que con fulgor magnífico destella.
¡Donde posa su planta brotan flores!

Medallón

Justo A. Facio

Es un poeta caballero
prendado de su decoro,
sobre láminas de acero
cincela sus rimas de oro.
Tanto alcanza el poderío
de su espíritu pujante
que cristaliza en diamante
una gota de rocío.
En sus manos prodigiosas
el mármol se ductiliza
y florece en lindas rosas,
al verlas, canta la brisa
y tiemblan las mariposas.

Glosa

«De esa mujer entre los negros ojos
un universo de placer chispea,
palidecen del sol los rayos rojos
y vacila la luz si pestañea.»

Para aliviar las penas de este suelo,
tan lleno de dolores y de enojos,
puso Dios la esperanza y el consuelo
de esa mujer entre los negros ojos.

Es su boca granada apetecida;
panal en que la gula se recrea;
y en su sonrisa que á besar convida
un universo de placer chispea.

Nada hay que pueda compararse, nada
con la expresión radiante de sus ojos;
ante esa viva, intensa, llamarada
palidecen del sol los rayos rojos.

Y si en sus sueños virginales siente
que amor la mira absorto y la desea,
los párpados entorna suavemente
y vacila la luz si pestañea.

Epitalamio

A Catita Paredes

Los encajes, los tenues encajes,
que tu cuerpo gentil aprisionan,
son espumas brotadas de tu alma
al calor de una tierna congoja.

La diadema de castos azahares
que circunda tu frente de diosa,
es un alba que baña en jazmines
de tus rizos las plácidas ondas.

Eres Hebe. El donoso mancebo
en tus labios en flor, regia copa,
gustará de la dicha las mieles,
cual abeja que liba en la rosa.

Como de aire sutil fabricadas
son el velo y las cándidas blondas;
algún mago tejió los encajes,
alguna hada formó la corona.

Id en paz! El amor os ha unido,
vuestra suerte un heraldo pregona,
y preside esta fiesta brillante
el travieso urdidor de las bodas.

Bajo el techo que cubre tu casa
sus hogares harán las palomas,
y serán tus gallardos amigos
cenzontles y lirios, jilgueros y rosas.

La vida?....

En dónde está la fuente de la vida?
Dónde el puñal certero de la muerte?
Por qué implacable la voluble suerte
que ayer nos festejaba hoy nos olvida?

De la sombra en los pliegues escondida,
aleve mano, por traidora, fuerte,
de un pomo de veneno el jugo vierte
en los sangrientos bordes de la herida.

Nuestra voz de protesta nadie escucha.
No tenemos rival para la lucha!
¿A qué empeñarnos, pues, en sostenerla?

Si la vida nos pesa ¿á qué guardarla?
Tan necio es el afán de conservarla,
cuan miserable el miedo de perderla.

Mefistofélicas

Contestación á las «Diabluras»,
de Eduardo Calsamiglia

Hace días vengo pensando
que el mundo es un gallinero
del Diablo. ¿Por qué lo infiero?
porque la vida «tentando»
se pasa Pedro Botero.

A tu pregunta intrincada
con toda franqueza digo:
que en cuestión tan «endiablada»
no sé, por desgracia, nada,
absolutamente, amigo.

Lo expresara si pudiera;
mas ¿qué quieres?, no lo sé.
Espérate á que me muera,
y si hay alguna manera,
desde allá te escribiré.

Yo no debiera tocar
las delicadas cuestiones
que en tu epístola propones.
Con todo, voy á externar
mis modestas opiniones.

Es un soltero endiablado
y aborrece el matrimonio....

¡Si el diablo fuera casado
ya se lo hubiera llevado
veinte veces el demonio!!

Por lista que la mujer
haya sido, es y será,
yo pienso que á Lucifer
en la vida engañará,
porque eso no puede ser.

Por falta de contrición
Satán vive, en su desvelo,
maldiciendo en su prisión.
Si él implorara perdón
ha tiempo estaría en el cielo.

Te juro que no ha «caído»
y es soltero rematado.
¿Que por dónde lo he sabido?
¡Hombre, si fuera casado
ya se hubiese «arrepentido!»

Yo en lugar del Padre eterno
lo obligaba al «nudo santo»
para que dijera: «Cuerno!
y yo que alardeaba tanto
con las penas del infierno.»

Mas él no entra en una empresa
que tiene tantos bemoles,
pues si creara una diablesa
no quedaría en los peroles
un títere con cabeza.

A una morena

Gloria á la soberana de Costa Rica,
cuya gracia seduce, cautiva y pica:
pica como los soles puntareneños,
y como ellos produce desmayo y sueños.
Gloria á la sirenita de tez quemada
que en las grutas marinas tiene morada,
y que duerme soñando dulces quimeras
bajo el palio frondoso de las palmeras;
á la de pie pequeño y ojos de fuego
que en las almas encienden desasosiego;
á la de pécho erguido y ancha cadera,
á la que en triunfo luce su cabellera...
Es alma de las fresas tu boca pura,
es carne de los cocos tu dentadura;
y es tanta tu belleza subyugadora,
que eres en Puntarenas reina y señora.
Permite al peregrino que va de paso
dejar estas resedas en tu regazo.

Puntarenas, 15 de Mayo de 1903.

A un mirlo

Avecilla pardo obscura,
que en las rejas de mi amada
cantas llena de amargura,
¿por qué estás apesarada,
avecilla pardo obscura?

¿Ha muerto tu compañero?
¿Te ha robado el caro nido
algún cazador artero?
¿Por qué lloras? ¿Qué has perdido?
¿Ha muerto tu compañero?

Con infinito dolor,
como ayes de liras rotas,
das al viento tu clamor,
y el viento arrastra sus notas
con infinito dolor.

Bate las alas y canta,
olvida tus hondas penas,
el pico, altiva, levanta:
¿por qué al dolor te encadenas?
Bate las alas y canta.

Estás triste, no contestas;
¿no te alegra la mañana?
Mira al cielo, está de fiestas,
vestido de azul y grana.
Estás triste, no contestas.

Avecilla pardo obscura,
que en las rejas de mi amada
cantas llena de amargura,
¿por qué estás apesarada,
avecilla pardo obscura?

Confidencia

A.....
(En su abanico)

Mariposa cautiva que vuelas
en torno de un lirio luciendo tus galas;
abanico que besas su cuello
y meces sus rizos ó pliegas el ala,
ya en el seno de curvas perfectas,
ya en el hombro de nieves y nácar;
pajecito gentil de la niña
de negros cabellos y boca de grana,
di á mi reina, tu linda señora,
que aquél que la amaba
aún suspira en silencio por ella,
y en silencio devora sus ansias.

Adelfas

A la memoria de Lidia

Un perfume que se extingue,
una nota que se apaga,
un pájaro que abandona
el nido donde cantaba;
unas muñecas sin dueño,
una cunita sin ama;
un astro más en el cielo
y aquí en la tierra dos almas
que mezclan su desventura
en el raudal de sus lágrimas.

POSTALES

Postales

A la señorita Zoila Robles

Cartago

No esperes nada de mí.
¿Qué puedo ofrecerte yo?
Si tú fueras *concha*, sí,
pero siendo perla, no.

* * *

A D. César Nieto

San José

Tan bien el mar te ha sentado
y vienes tan remozado
que puede decirse que,
el *César* que ha regresado
es *nieto* del que se fué.

A .....

Al ver el vivo flamear
de tus ojos hechiceros,
me dan ganas de gritar
¡Que idiotas son los solteros!
Mas después apesarado,
al que esos ojos ha creado,
digo lleno de fervor:
Consérvala en ese estado
mientras enviudo, Señor.

***

Las flores son mariposas
pero nacieron sin alas,
las mariposas son flores
mas ningún aroma exhalan.
En tí se juntan y brillan
y son alma de tus gracias,
el aroma de esas rosas
la pedrería de esas alas.

***

Es el amor rarísima criatura
que sólo á sus caprichos obedece.
Si le dá por comer, muere de hartura;
y si por ayunar, de hambre perece.

***

A una fea

Paca, mi escuálida mente
nada digno de tí saca;
se conforma solamente
con llamarte estrella ¡oh Paca!

El por qué de estas líneas

Rechacemos con toda la energía del convencido el fatalista credo musulmán. Ese «Estaba escrito» repugna á nuestros espíritus progresivos ansiosos siempre, hoy más que ayer y mañana más que hoy, por dar forma material y efectiva á lo hipotético; pero no tengamos ironías ni sarcasmos para el que se juzga víctima de la fatalidad, aunque lo sea de sus propias obras. Reconozcamos que algunas veces, muchas veces quizás, huímos instintiva ó deliberadamente de algo, y ese algo nos alcanza y nos obliga, como me ha alcanzado y obligado á mí en la presente ocasión.

—

Al publicarse la segunda edición de *Concherías* hallábame en Costa Rica; y al darme las gracias su autor por unas pocas líneas que le dediqué en *La Prensa Libre* pidióme, para cuando publicase la tercera edición, algo, sin precisar, que pudiera tener cabida en el libro. Sin negarme á ello recuerdo que respondí que llegada la ocasión ya veríamos.

Vuelto á España y pasados dos años largos, desde entonces, nada había sabido de Aquileo Echeverría hasta que por los periódicos me

« Amanecer campestre ». Del resto, cuyos originales hallé en un cuaderno en que Aquileo planeaba y abocetaba sus poesías, solo ha visto publicada en *El libro de los pobres* la titulada « Plegaria de Isabel ». La « Autobiografía » y la última, que carece de título, ignoro si habían sido ya publicadas ó eran en realidad inéditas.

Quien compare la presente edición de *Concherías* con las anteriores hallará una marcadísima diferencia en la ortografía más adaptada en esta por el mismo autor, — corrigiendo sobre la segunda — á la fonética popular no sólo con la general sustitución de la *v* por la *b* y la *ll* por la *y*, sino con el mayor empleo de apócopes, síncopas, elisiones y sinalefas.

Explicado el por qué de mi intrusión en este libro y careciendo de toda calidad que me autorice para hacer de él crítica alguna, no hay razón para que nutra más estas líneas. Terminen aquí y avalórelas el facsímil de la última firma trazada por la mano del autor de *Concherías*.

CÉSAR NIETO

Barcelona 8 Abril 1909.

Aquileo J. Echevarría.

Barcelona 6 Marzo 1909

Horas crueles

Como de fuente mezquina
de abruptas rocas esclava,
gota á gota por los poros
perezosa fluye el agua,
tal el tiempo de tí lejos,
mi risueña noble patria,
lentamente va cumpliendo
fatigoso sus jornadas,
cual si las horas tuvieran
entumecidas las alas.
Rompe el buque la movible
crestería de las aguas,
señalando su camino
crespa espuma alborotada.
En la popa un marinero
en extraño idioma canta.
A lo lejos una vela
cual un ave que huye, pasa.
Tenebrosa está la noche,
loco el viento, fiera el agua;
ni una estrella brilla en lo alto.

ni en mi pecho una esperanza.
Todo duerme como muerto
en el barco, todo calla:
solamente se oye el ronco
resoplido de la máquina,
el clarín que el viento suena,
los latigazos del agua
y las notas del marino
que en la popa fuma y canta.
¡Olas recias que veloces
camináis hacia las playas
que aprisionan los verjeles
encantados de mi patria,
conducid á los que adoro,
de vuestra espuma en las gasas
con las rosas de mi afecto
mis dolientes remembranzas!

A bordo del vapor «Manisti», Agosto de 1908.

El amanecer campestre

Al Iltmo. y Rvndmo. Sr. Obispo
de Costa Rica Dr. D. Juan Storck.

Desde el regalado nido,
ó saltando por las ramas,
los clarines de la aurora
rompen en alegres dianas,
y saludan con sus trinos
el albor de la mañana.
De muy lejos, de la aldea,
el eco de las campanas,
por la distancia esfumado,
débil llega y breve pasa
sin detenerse á escuchar
la orquesta regocijada,
de las aves que á la vez
vuelan, oran, ríen y cantan.
De la encumbrada techumbre
el humo en columnas se alza,
ó en sueltos copos navega
por la atmósfera azulada.
La mujer frente al fogón,
mantiene vivas las llamas

soplando á carrillo lleno
las robustas bocanadas
que de sus sanos pulmones
sin mayor esfuerzo arranca.
En el patio su marido
las herramientas prepara;
el machete y el cuchillo,
el zapapico y la pala.
Por encima del pretil
estira el cuello la vaca
envuelta en nubes de vaho
que piel y nariz exhalan;
busca impaciente su cría,
con sus mugidos la llama,
mientras el tierno becerro
en el corralón se ufana
por abrir algún portillo
para correr á encontrarla.
En el panzudo caldero,
el agua que hierve canta.
Lista la bolsa, repleta
de café molido, aguarda
su beso, para brindarle
sus aromosas substancias.
Sobre el cuadrado de cedro
la mayor el dulce raspa
en tanto que las menores
el jarro y tacitas lavan.
En la cuna llora el niño;
la soledad no le agrada
y además tiene sabido:

«que el que no llora, no mama»;
que es la primera lección
que nos da Natura sabia.
Con el valde de la leche
entra el jefe de la casa.
Se descubre, se persigna;
todos en pie le acompañan;
y con la mirada en lo alto
y las manos enlazadas
llenos de fervor dirigen
una sencilla plegaria
en que imploran protección
de quien cielo y tierra guarda
y por los mil beneficios
de El recibidos dan gracias.
Ya el mantel está cubriendo
la limpia mesa cuadrada,
en breve sobre sus nieves,
humeante el jarro descansa
rodeado por un cortejo
de platillos y de tazas.
En amplio platón expuestos,
y por clases agrupadas,
dan seguro testimonio
de la habilidad del ama:
la rosquilla de bizcocho,
á fuego lento dorada,
ó el ojaldre de pan dulce
que una paloma remata,
dominando dos coronas
de hojas y flores tan raras,

que recuerdan los artistas
de las épocas primarias.
Las sabrosas quesadillas;
los rosquetes y empanadas;
el pan blanco, delicioso,
y las quebradizas *tártaras*.
Ocupan todos su puesto,
el niño afanoso mama
mientras la madre, á sorbitos,
el café con leche traga,
mezclando con él las glorias
suavísimas de las *tártaras*.
Leal, un perrazo lanudo
que es el guardián de la casa,
sentado espera impaciente;
con los ojos hechos ascuas
sigue fijo el movimiento
de la mano cuando baja,
para coger una rosca,
para levantar la taza,
para enjugar el bigote,
después que la lengua pasa
devolviendo á buen camino
alguna gota extraviada.
Su amo al fin repara en él
y le arroja unas tajadas
que no llegan nunca al suelo
porque en el aire las caza.
Por entre el denso follaje
de la arboleda cercana
algunos rayos de luz,

como filosas espadas
penetran, y al dar de punta
sobre la mullida grama
por la lluvia de la noche
con mil gotas coronada,
arrancan de ellas reflejos
de coloración tan varia,
tan fulgente, tan radiante
que rubíes, esmeraldas,
diamantes, y en fin, la gaya
colección de pedrería
de la flora subterránea
valen poco, nada valen
con sus iris comparada.
Un enjambre de gallinas
impaciente el grano aguarda
mientras el gallo vigila
sus odaliscas y canta
Un grupo de campesinos
caminando alegre pasa
con sus fierros sobre el hombro
donde la alforja cabalga,
hidrópica de tortillas
de frijoles y otras viandas:
del sabroso huevo duro,
y de la carne salada,
acicate de las sedes,
que la fresca fuente aplaca.

***

Alabemos al Señor,
y bendigamos la patria,
donde el honrado labriego
sus santas leyes acata,
y conserva las costumbres
que trajeron los de España,
y practica las virtudes
de la doctrina cristiana:
el trabajo que redime
y la viva fe que salva.
Para esas gentes que tienen
sano el cuerpo y limpia el alma,
en el cielo todo brilla
y en la tierra todo canta.

Casa de Salud de Ntra. Sra. del Pilar
Barcelona, Enero de 1909.

Autobiografía

En la casa que hoy habita
don Alejandro Alvarada,
lloré por primera vez
hace treinta y pico de años.
Crecí, como todos crecen;
al principio para abajo
es decir, que me pasé
cuatro trimestres gateando.
Mamaba que era un contento.
¡Unica vez que he mamado!
que el *tuerce* más que mi amigo
ha sido siempre mi hermano.
Aprendí á *ler* y escribir
á punta de palmetazos,
de gritos, de malos modos,
de encerradas y regaños;
por que yo alcancé los tiempos
de la rabiza y el palo
en que el *mestro* era verdugo
y los alumnos esclavos.

Apenas llegué á los doce
dejé los libros á un lado,
así es que yo, por fortuna,
no hice mi bachillerato.
A los quince fuí á la guerra
y me porté como bravo.
Ora por falta de tiempo
pongo fin á mi relato.
Mañana, si Dios permite,
proseguiré continuando.

Como flor que se deshoja
por el cierzo maltratada,
como nota que en el seno
de la noche vibra y pasa,
cual perfume que se estingue,
como lumbre que se apaga,
tal tu vida, dulce niña;
tal tu muerte, sombra amada,
esplendor de primavera,
claridad de la mañana.
Ayer gloria, dicha, luz
cuanto es bello, cuanto se ama,
hoy tristeza y desconsuelo
y desolación amarga;
en el cielo un astro más,
en la tierra nuevas lágrimas,
una fosa que se cierra
y una madre desolada,
que los cantos de la altura
con sollozos acompaña.
Flores que quedáis con ella
de nuestro cariño habladla;
para manteneros vivas,

hay un arroyo de lágrimas.
Flores de la niña, amigas,
flores de la niña, hermanas,
alegrad su triste lecho,
en su sueño acompañadla.
Pájaros del cementerio
dulces canciones cantadla;
estrellas que en lo alto brillan
velad por la niña amada.

Aquileo J. Echeverría
falleció en Barcelona
el 11 de Marzo
de 1909